

Entre el ejemplo italiano y el irlandés: la escisión generalizada de los nacionalismos hispanos 1919-1922

Enric Ucelay-Da Cal

Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen: Este ensayo parte de la percepción de que el impacto de la Primera Guerra Mundial sobre la sociedad civil de toda Europa facilitó el decisivo endurecimiento de actitudes nacionalistas que socavó los sistemas parlamentarios liberal-conservadores. España sirve como muestra de este proceso, en tanto que todos los nacionalismos hispánicos —los legitimistas antisistema, los militaristas, ambos españolistas, y los predominantes en las agrupaciones nacionalistas vascas y catalanas— se partieron en corrientes contrapuestas de extremistas y moderados que como partidos o movimientos daban mayor importancia a la ideología que a los beneficios clientelares y que, cada vez más, hablaban con un lenguaje de violencia política explícita, justificada por la necesidad de responder a la amenaza del terrorismo de izquierdas. En Barcelona y Bilbao, tal radicalización llegó a forjar nuevos partidos españolistas transversales, en los cuales se superaba la tradicional división entre liberales y conservadores. Este patrón nuevo de desarrollo político facilitó implícitamente la aparición de la Dictadura de Primo de Rivera, con su ecléctica Unión Patriótica, así como la posterior respuesta republicana.

Palabras clave: nacionalismos hispánicos, nacionalismo catalán, nacionalismo vasco, españolismo, ideologías, liberalismo, conservadurismo.

Abstract: This essay proceeds from the perception that the impact of the First World War on civil society throughout Europe facilitated a split in nationalist positions that undermined liberal-conservative parliamentary system. Spain serves as an illustration, in that all Hispanic nationalism —the anti-system royalists, the militarists, as well as Catalan and Basque nationalist groupings— all divide into extremist and moderate formations which give primacy to ideology rather than results for clien-

teles, and which speak a language of explicit political violence, justified by the need to respond to the threat of the leftist terrorism. In Barcelona and Bilbao, such radicalization goes so far as to forge new Spanish nationalist parties, in which liberals and conservatives break the traditional two-party pattern, to establish transversal organizations. This new pattern of political development implicitly will facilitate the appearance of the Primo de Rivera Dictatorship, and its Union Patriótica, as well as the later Republican response.

Keywords: Hispanic Nationalisms, catalan and basque nationalisms, ideologies, liberalism, conservatism.

Para comprender la dinámica de los nacionalismos hispánicos —incluido el español— al acabarse la Gran Guerra de 1914-1918, es necesario situar la tónica general en la experiencia rectora catalana. Pero para entender adecuadamente el nacimiento organizativo de los nacionalismos radicales en Barcelona, hay que situar correctamente el marco internacional. Las alternativas se situaron entre la experiencia histórica italiana y la imagen viva de la «guerrilla urbana» irlandesa, ambas a la sombra de la guerra civil rusa —o mejor, guerras en plural— para incluir, más allá de las iniciativas de los «blancos» o la especial situación ucraniana, con nacionalistas y anarquistas en lid, o la peculiar Georgia independiente y menchevique, experiencias anti-bolcheviques tan diversas como el conflicto finlandés, las luchas bálticas y la contienda polaca¹.

En Barcelona, en el invierno de 1918-1919, aunque estuvieran imbuidos de una fe luminosa en su propia capacidad humana y tuvieran el camino del futuro iluminado por el faro bolchevique, los «sindicalistas revolucionarios» estaban todavía lejos de pensar muy seriamente más allá del desafío a la odiada sociedad «burguesa» mediante la «huelga general» o de «masas». Su ideal era *más táctico que estratégico*, sin saber muy bien a dónde se dirigía, por mucho que estuviera envuelto en un contundente lenguaje de transformación social. Las ambiciones insurreccionalistas en el renovado movimiento libertario empezarán (o, en todo caso, se destaparán) más bien en enero de 1920, con el asalto al Cuartel del Carmen en Zaragoza, lo que empeza-

¹ La extensión de este texto ha obligado a suprimir todas las referencias justificativas, excepto aquellas que remiten a una cita directa. El lector interesado podrá encontrar las fuentes en una bibliografía al final del artículo.

ría una cadena de iniciativas a largo plazo. El republicanismo, aunque a veces lo intentara (como el Partit Republicà Català, de Marcelino Domingo y Lluís Companys, que muy brevemente se adhirió a la Internacional Comunista en 1919), no estaba en condiciones de seguir a los sindicalistas en su rápido viaje a ninguna parte. Así, el único sector ideológico que muy activamente abrigó un enfoque insurreccional fue el nacionalismo radical catalán, por muy impotente que fuera en la realidad. Al estar literalmente inventándose sobre la marcha, los separatistas —como ellos mismos gustaban de llamarse, al darle la vuelta a la sempiterna acusación españolista— eran todo estrategia, casi sin táctica, ya que su capacidad real era exigua. Sin embargo, en el juego de sombras e implicaciones de 1919, su radicalización y su extremismo *potencial* tuvo un impacto mucho más allá de sus acciones.

¿Italianos o irlandeses?: La quiebra nacionalista de la inmediata posguerra

Por encima de todo, con cada día que pasaba en 1919, los catalanistas radicales estaban literalmente embriagados con la experiencia de guerra civil de los nacionalistas irlandeses contra la soberanía británica. Partiendo de una tradición garibaldina, el ultracatalanismo había crecido en los años de la Guerra Mundial a la sombra de la evolución «nacionalista y socialista» de Benito Mussolini o F. T. Marinetti. Justo en el momento en que el «intervencionismo» italiano se iba a enfrentar a la izquierda de la que surgió, sus imitadores barceloneses encontraron en el espejo irlandés toda una ruta ideológica que les aleccionaba en el sentido inverso, para enseñar que nacionalismo y socialismo podían ser una misma cosa, sin necesidad de enfrentamiento, como en Italia.

En primer lugar, estaba el ejemplo primordial de la política italiana, que venía ejerciendo su atracción desde el inicio de la Guerra Mundial. Lo que entonces se llamó «intervencionismo», la exaltación y la presión que en las calles justificaron la entrada de Italia en la Guerra Mundial en la primavera de 1915, fue una síntesis a la vez innovadora y muy vieja con gran resonancia en España y, muy especialmente, en Cataluña. En Italia, con un foco en Milán, la ciudad más moderna del país, se encontraron juntos los republicanos, los nacionalistas, los futuristas y el sindicalismo alternativo enraizado en el *fin-*

de-siècle, todos fusionados en el patrón garibaldiano de organización. La fórmula de una Legión Garibaldina, organizada por los nietos del «Liberador de Dos Mundos», partió de la idea bien decimonónica de la intervención política en el combate, es decir, luchar militarmente, en una guerra regular entre potencias, pero para fines ideológicos, que tanto podían implicar los fines en sí de la contienda como su alcance en la futura vida civil del propio bando. En Barcelona, como espectadores fascinados, estaban los ultracatalanistas y los nacionalistas republicanos, más los radicales de Lerroux y una parte de los legitimistas, la más fiel al pretendiente, acostumbrados todos, desde antes de la «revolución de 1909», a un ambiente de brega, bombas anarquistas y «*bullangueta* lerroquista», que anunció el estilo «terrorista» o «pistolero» de la posguerra.

El afianzamiento de Gabriele D'Annunzio como *Duce* en Fiume el 12 de septiembre de 1919 (una iniciativa de *privatización de lo público* —la «República del Carnaro»— que duró hasta las «Navidades de Sangre» de 1920, cuando la ocupación oficial italiana la desbarató) sirvió como ejemplificación y *demostró la facilidad de hacer un golpe civil con medios militarizados*. Con el ejemplo dannuziano bien presente, *Mussolini le daría la vuelta a la idea garibaldina* (y, de pasada, se deshizo del engorroso poeta-político). Ya convertido antes en líder al fundar el movimiento fascista en marzo de 1919, Mussolini *plantearía una intervención armada en la política civil, dentro de las fronteras estatales italianas*, para los mismos fines ideológicos y «risorgimentales» de revolución nacional e irredentismo. Como ha insistido Emilio Gentile, el fascismo tuvo su originalidad *relativa* en su afirmación de la institucionalización privada, en la calle, del *partido-milicia*. Sin embargo, la idea no era del todo innovadora, *ya que venía de la herencia de la izquierda risorgimentale de la cual Mussolini, como ex socialista de la línea callejera y demagógica, era deudor. Asumir la guerra civil dentro del «Estado nacional» era una posibilidad perfectamente neogaribaldiana*, aunque el gran Garibaldi, en su día, no la había aceptado (recuérdese el famoso encuentro entre Víctor Manuel II y el Libertador), ni lo hicieron después sus hijos, pero sí sus nietos, con bastante ineptitud política, en fechas contemporáneas al éxito mussoliniano. Fue un modelo largamente admirado en España, pero especialmente en Cataluña.

La cuestión crucial, sin embargo, era más bien la finalidad de la propuesta insurreccional. El contexto había quedado transformado

por la «amenaza bolchevique» (que, recordemos, triunfó por un golpe de Estado en Petrogrado contra el gobierno provisional y el Parlamento en ciernes). Entonces, la lucha callejera, ¿para hacer *qué* revolución? Visto desde Barcelona, el giro pareció respaldado por toda la contradictoria politización «futurista» y «neoclásica» recogida por la nueva cultura vanguardista en catalán, una definición muy clara literariamente, pero sin una traducción precisa a la política. Más que las vueltas que daba la política italiana, fue el poliédrico ejemplo irlandés el que reveló a los observadores la quiebra que estaba sufriendo la fórmula nacionalista en la inmediata posguerra. Por ser menos familiar desde una perspectiva hispana actual que los eventos italianos que llevaron a la dictadura fascista, haremos cierto hincapié en la evolución irlandesa, dividida y contradictoria.

La coyuntura producida tras las elecciones generales de 1910, en las cuales el gobierno liberal de Asquith otra vez necesitaba los votos de los nacionalistas irlandeses y de los laboristas, trajo un nuevo intento de ley de *Home Rule* en 1911, siendo ya exaltadas las reacciones en contra el año siguiente: mientras los nacionalistas, con criterio dogmático, insistían en que la medida fuera general a toda Irlanda, los protestantes del noreste, autoproclamados «lealistas», exigieron su abrogación o, en el peor de los casos, que la zona en la que eran mayoritarios fuera exenta. En la crisis del Ulster de 1913-1914, se vio el despliegue asombroso, por parte unionista, de la subversión más desafiante —con un extenso esfuerzo clandestino por recabar armas en el mercado europeo (especialmente el alemán) para la Ulster Volunteer Force (UVF), ejército particular constituido aprovechando las contradicciones legales sobre la formación de milicias para salvaguardar el orden—, con la concomitancia del Partido Conservador y de buena parte del cuerpo de oficiales del ejército. Se contempló un «golpe» y la formación de un «gobierno provisional» de la región rodeando Belfast ante la amenaza de una autonomía general para la isla irlandesa; políticos tan serios y respetados como lord Milner apoyaron activamente la propuesta de sedición. El desafío fue asimismo secundado por un importante contingente de oficiales, sobre todo de caballería, en lo que se vino a llamar el «motín de Curragh» (por la localización de las dependencias militares). La organización de los Irish Volunteers de los nacionalistas o del Irish Citizens' Army de los nacional-laboristas fue una respuesta más bien tardía, que sufrió las cortapisas del control del tráfico de armas impuesto por el gobierno

liberal, ya plenamente alarmado. Pero nunca se atrevió al arresto de los líderes sediciosos. Por la misma lógica se buscó recuperar la vieja fórmula, auspiciada en su día por «Joe» Chamberlain y por lord Milner, de «*Home Rule All Around*», como medio de suavizar la rebelión protestante o «naranja». Tras un periodo en el cual unionistas y nacionalistas se entrenaban en milicias paramilitares rivales al calor del debate sobre autonomía para toda Irlanda, hasta el punto de que, en julio de 1914, parecía inevitable la guerra civil en el Ulster, se llegó a un acuerdo de congelación del tema, gracias al estallido de la contienda europea. Finalmente, la ley autonómica fue aprobada (la Cámara de los Lores sólo podía frenar legislación dos años, tras su reforma en 1911), con lo cual pasó a ser ley en septiembre de 1914, pero fue pospuesta con la excusa de la Guerra Mundial, al tiempo que John Redmond, el jefe de los nacionalistas irlandeses parlamentarios, apoyaba la causa aliada y, muy en particular, el reclutamiento militar en su isla, mientras que sir Edward Carson, su jefe de operaciones James Craig y el unionismo que lideraban también tendrían tiempo para enfriar sus muy encendidos ánimos. En todo caso, los milicianos de la UVF, afiliados masivamente al ejército británico, en su gran mayoría desaparecieron en la carnicería de la batalla del Somme, llegado el sangriento verano de 1916.

En el bando contrario, la lealtad «imperial» de Redmond y del nacionalismo parlamentario (hubo un gran reclutamiento de irlandeses católicos, que también murieron por millares) fue un reflejo de su creciente desvinculación del ambiente, cada vez más airado, en el «Sur» de la isla. Copiando los medios de equipamiento y las pretensiones paramilitares de los ulsterianos, el nacionalismo radicalizado se preparó para su propio golpe, con influencias alemanas más o menos por en medio, como ya había ocurrido con el armamento del UVF. El lunes de Pascua, 24 de abril de 1916, sin embargo, varias facciones nacionalistas radicales y socialistas —James Connolly— dieron un golpe independentista en Dublín (con algunos apoyos fuera de la ciudad), que fracasó estrepitosamente, dejando parte de la capital irlandesa en ruinas para cuando se rindieron los últimos insurgentes. Dado el clima belicista, el gobierno británico cometió el error de castigar a los jefes rebeldes capturados con la pena de muerte; los mártires nacionalistas abrieron una ruptura sentimental que facilitó que el Sinn Féin desbordara el histórico Partido Nacionalista Irlandés y, en las elecciones del 14 de diciembre de 1918 (las primeras con sufragio

femenino para las mujeres mayores de veintiocho años), ganó una mayoría de «miembros de Parlamento» por Irlanda, fuera de los noroesteños condados ulsterianos, de predominio unionista. En enero de 1919, los setenta y tres MPs nacionalistas irlandeses se reunieron en asamblea propia o *Dáil* (según la terminología arcaizante muy de su gusto) y reafirmaron la proclamación de una República hiberniana.

Pero los mismos comicios de 1918 —la segunda llamada «elección khaki» (la primera fue en 1900, en plena guerra sudafricana) por el número de militares salidos de las urnas, abrumadoramente conservador— trajeron un endurecimiento gubernamental, con levas de voluntarios reclutados para represión de las guerrillas irlandesas independentistas. Por su parte, la coalición de Lloyd-George, con los liberales ya en neta minoría parlamentaria, dio su visto bueno, en febrero de 1920, a un *Government of Ireland Act*, que reducía los condados del «Norte» de nueve a seis, para asegurar el predominio protestante y la consiguiente gobernabilidad, y establecía un Parlamento en Belfast; la ley fue aprobada, al tercer intento, en diciembre. El resultado irónico fue que el unionismo acabó al frente de un *Home Rule* particularista a su medida, parecido al que había tan bruscamente rechazado para el conjunto irlandés unos años antes.

La consecuencia de la política de represión y medidas de «partición» fue una agria insurgencia «terrorista», con una incontrolable espiral de provocación y contra-provocación mediante atentados y operaciones de castigo. La llegada de la violencia al «Norte» en 1920 hizo que Carson y Craig re-reclutaran a la UVF, aprovechando las armas almacenadas; de ese esfuerzo nació la milicia especial que, durante más de medio siglo, mantuvo el control del «Estado naranjista». La lucha duraría hasta un acuerdo en diciembre de 1921. Tal paz convirtió a Irlanda —menos los condados unionistas del Norte— en un «dominio» independiente, sin tal nombre, que significaría la titularidad de la Corona, pero parte del Imperio. El acuerdo provocó una nueva e inmediata guerra civil entre los mismos nacionalistas, empezada confusamente a principios de 1922 y continuada hasta abril de 1923. En este combate todavía más fratricida, el flamante gobierno irlandés del «Sur», el *Irish Free State* (o Estado Libre Irlandés), con sus recién establecidas fuerzas armadas, logró aplastar el resistencialismo guerrillero republicano que defendía la independencia estricta, sin acuerdo con la Corona inglesa ni partición de la isla. La lucha fue muy amarga (recuérdese la muerte emblemática de Michael Collins) y

dejó el futuro político cargado de odio. Como acertadamente sentenció, unos años después, el admirado analista alemán M. J. Bonn, «*el llamado movimiento voluntario de Ulster del año 1912 fue el prototipo del fascismo en toda Europa*»².

Los eventos irlandeses, por consiguiente, tuvieron unos reflejos —o mejor, refracciones— con lecturas contrapuestas. Ya en su día, cuando la reforma de la Cámara de los pares, los intelectuales madrileños en general —y, muy especialmente, los bilbaínos inquietos como Maeztu y Araquistain, con el ojo puesto en Londres— encontraron el sistema político británico en tiempos de renovación liberal prueba de la movilización de los partidos políticos, lo que traspasaron a Lerroux (o, en su defecto, Melquiades Álvarez) como esperanza equivalente, hasta de «dictador», para España. El «motín» de oficiales contra el «separatismo» en 1913 pudo ser recordado, andando el tiempo, con la postura de las Juntas de Defensa ante la Lliga en 1917 y la radicalización militarista posterior. El unionismo, una y otra vez, insistió en la contradicción, imposible de salvar, entre los ideales del «Imperio» y el «separatismo», y, a pesar de los esfuerzos de Redmond y los suyos, el nuevo nacionalismo irlandés estuvo de acuerdo. Todo ello tenía implicaciones muy negativas para la postura de la Lliga. También podía inspirar a los anti-nacionalistas vascos, como un José Félix de Lequerica, quien, se aseguraba, no había parado de sentirse conmovido por las excelencias de la política británica durante los años diez. Pero —todavía más significativo— la idea de la sedición paramilitar, la formación de fuerzas armadas privadas, en Irlanda predató por varios años la invención del fascismo en Italia en 1919. *La principal función del ejemplo irlandés y la facilidad con la que reemplazó el antes brillante ejemplo italiano fue de orden práctico: con el modelo irlandés no sólo se disfrutaba de un patrón inmediato, hasta presentista, de un nacionalismo sin Estado, sino que, más importante todavía, ofrecía un indoloro destete ideológico, que apartaba al ultracatalanismo de su ahora incomodísimo afianzamiento a la causa aliada*, tras el fracaso —por lo demás, por completo previsible— de que la Conferencia de Paz de París tuviera en cuenta más que los intereses estatales españoles, los de cualquier movimiento de secesión.

² BONN, M. J.: *La crisis de la democracia europea* [1925], Madrid, Ediciones Biblos, 1927, p. 64 (cursiva añadida).

Otros nacionalismos lejanos, dadas sus propias contradicciones, habían previsto la evolución. En Polonia, el jefe del ala nacionalista del Partido Socialista Polaco, Josef Pilsudski, dejó su línea guerrillera y terrorista después de la revolución rusa de 1905 y se refugió en la Polonia austriaca, desde la cual sus «legiones» de *Strzelcy* —o tiradores— prometían librar la patria polaca en alianza con las tropas habsburgas. Pilsudski, pues, podía argumentar que la independencia de Polonia, proclamada por los austro-alemanes y reconocida por Wilson y los aliados, se debió a sus acciones armadas y no a los gestos con los aliados rusos o franceses de sus odiados rivales civiles, los nacionaldemócratas, con su jefe Roman Dmowski. Antes de la entrada de Italia en la contienda, nacionalistas italianos como Ezio Maria Gray podían remarcar el supuesto significado de la retirada de los garibaldini de la Argona ante el ejemplo de la causa nacionalista polaca, la cual, al estar contra *todos* los imperios, debería servir como inspiración a la propia situación italiana³. Por su parte, los nacionalistas checos de Bohemia reaccionaron a la iniciativa pilsudskiana con la formación de, primero, un banderín de enganche a la Legión Extranjera francesa y, más adelante, en 1917, su propia Legión Checa de entre los prisioneros de guerra en manos rusas y pudieron hacer resonar su gesta hasta en Barcelona, si bien esta fuerza se distingió más por su importante papel en la guerra civil rusa que por otra cosa.

En otras palabras, para comienzos de 1919, los nacionalistas radicales catalanes encontraron numerosas razones para sufrir una cierta y fulminante amnesia y olvidarse de su francofilia encuadrada a la italiana y soñar con otros horizontes. La experiencia del nacionalismo radical catalán, por tanto, fue simultánea, y casi idéntica, a su modelo italiano, pero tomó su definición doctrinal de los eventos irlandeses y el privilegio del olvido de muchas partes, ya que los muchos conflictos nacionalistas de la posguerra —por ejemplo, las luchas germanopolacas en Silesia en 1920— rápidamente borraron antecedentes. De hecho, fue casi como una experiencia de laboratorio para contrastar

³ GRAY, M.: «Il ritorno di Garibaldi. Dalla Polonia alle Argonne», *Gazzetta di Venezia*, 1 de febrero de 1915, reproducido en *L'Italia per la ricostituzione della Polonia. Referendum indetto dalla Rivista L'Eloquenza*, Roma, L'Eloquenza, [¿1915?], pp. 115-116. Como consejero fascista de Mussolini, Gray sería, al menos en su versión, activo partidario de una Alianza Latino hispano-italiana en los años veinte. Véase MCGREGOR-HASTIE, R.: *The Day of the Lion. The Rise and Fall of Fascist Italy (1922-1945)*, Nueva York, Coward-McCann, 1964, pp. 154, 193, 201, 207 y 211.

el paso del sueño del intervencionismo armado en la guerra al de la guerra intervencionista contra el orden político. En 1915-1916, la esperanza de voluntarios de un intervencionismo catalanista al lado de los aliados liquidó las formas anticuadas del ultracatalanismo y dio paso a formas de organización nuevas en 1917-1918.

Surgió así, por primera vez, un separatismo explícitamente político, encuadrado en un formato paramilitar. En Milán, el nuevo fascismo italiano, salido de la aliadofilia y organizado en marzo de 1919, encontró cortado todo camino hacia la izquierda (ya que el Partido Socialista Italiano quiso barrer el paso a su ex dirigente izquierdista Mussolini); en cambio, el flamante Fasci di Combattimento contó con los militares desmovilizados como un espacio de crecimiento, hecho que lo llevó naturalmente hacia la derecha. En Barcelona, por contraste, ya existía la Federació Democràtica Nacionalista (FDN) del excéntrico diputado nacionalista Francesc Macià, formada a finales de 1918 del proyecto de un nonato «Partit Obrer Nacionalista»: era ésta una típica idea del momento en Europa, si recordamos el muni-qués «*Deutsche Arbeiter Partei*» de Anton Drexler, minúscula entidad «obrero alemana» que un desmovilizado propagandista militar de cuarteles, un cabo llamado Adolf Hitler, supo convertir en avasallador movimiento «nacionalsocialista». No obstante lo que sería la notoria orientación de los ejemplos europeos más conocidos, Macià combinó las piezas de la aliadofilia catalana, mantuvo sus líneas abiertas hacia las izquierdas, y fue reconocida como una fuerza izquierdista (a pesar de sus excelentes relaciones con los carlistas aliadófilos).

La conmoción de un anticalanismo de combate callejero

Pero la FDN se encontró enfrentada al nacer con la recién creada Liga Patriótica Española (LPE), que reunía a los oficiales de la guarnición, imbuidos de nacionalismo identitario españolista, con todos los posibles componentes afines surgidos de la germanofilia —cuadros de la policía, carlistas obreros disidentes— y algunos lerrouxistas atraídos por un anticatalanismo de acción. Mezcla de disidencias, con vazquezmellistas y puede que hasta lerrouxistas frustrados, la LPE tomó como bandera las canciones patrióticas españolas de una cupletista, Mary Focela, y buscó gresca en los ambientes callejeros, bien confusos, de los primeros días de 1919. La huelga general unas

semanas después les cortó posibilidad de crecimiento, ya que la misma Capitanía tomó la dirección de la conflictividad social, sin dejar lugar a iniciativas parciales. Así, en Barcelona, en 1918-1919, la combinación que, por esas mismas fechas dio fuerza a Mussolini, se encontró partida en dos procesos antagónicos.

Según cómo se mire, la LPE fue el «primer» fascismo español, aunque se asemejó más a las *Ligues* nacionalistas francesas establecidas como modelo desde los tiempos de boulangieristas y luego *anti-dreyfusardes*; sus mismos antecedentes estaban implícitos en su nombre desafiante con el principal partido catalanista, si bien hay una significativa coincidencia con la formación de una muy parecida Liga Patriótica Argentina, surgida igualmente en enero de 1919 en Buenos Aires (más o menos coincidente con la dura «Semana Trágica» bonaerense), pero con una trayectoria notablemente más significada. Sin embargo, los antecedentes ideológicos más inmediatos de la LPE se encuentran en el agresivo portavoz *La Trinchera*, semanario que, entre 1912 y 1919, defendió un carlismo obrero actualizado y violento, muy crítico con las concordancias de la dirección oficial legitimista para con el regionalismo catalán, en nombre de un nacionalismo español fogoso y de su peculiar anticapitalismo. Además, como ha mostrado en un excelente estudio J. R. de Andrés, el jaumismo obrero barcelonés, disidente, suspicaz y impetuoso, coincidió, en parte, con las posturas germanófilas del tribuno Juan Vázquez de Mella, el cual, distanciado públicamente del pretendiente legitimista don Jaime en 1916, durante la guerra europea, confirmaría la escisión al fundar un Partido Tradicionalista en 1919. En todo caso, la nueva combinación barcelonesa de la LPE, reuniendo a vazquezmellistas desilusionados y puede que también a «lerrouxistas» igualmente decepcionados y ansiosos de una respuesta españolista contundente, representaba una clara superación de la tradición paramilitar carlista, superación paralela a la del naciente catalanismo militante.

Dentro de la comparación de fenómenos menores, significantes por sus ulteriores implicaciones que no por su escuálida inmediatez, más dinámico por responder a la mezcla neogaribaldina de republicanos, nacionalistas y futuristas fue el ultracatalanismo. Pero el nacionalismo radical catalanista ha estado siempre más dominado por la representación simbólica de la violencia que por la violencia misma. El componente digamos «duro» de este hipotético «fascismo catalán», por lo tanto, nunca acabó de madurar, entre otras razones porque el

ultracatalanismo nunca rompería con la izquierda (aunque a veces sus activistas tuvieran bastantes ganas): se quedó en un gusto por el teatro político, por la representación de la violencia que no por la violencia misma. Por otra parte, al existir otro fascismo españolista rival, con el posible apoyo de los militares detrás, todos aquellos elementos sociales que en momentos de tensión o de crisis social buscarían la salvación de la mano dura, no tendrían por qué sondear a los nacionalistas catalanes de combate. Así, a partir de los hechos que anticiparon en 1922-1923 la llegada de la Dictadura primorriverista, los dos ultranacionalismos quedaron definidos como «separatistas» y «fascistas» (o sea, como el nombre indica, «unitaristas» en sentido de «haz»), papeles antagonistas que venían a complicar para siempre toda esquematización simplista de izquierda/derecha de la política catalana.

La abierta confrontación —violenta, física, callejera— entre los nuevos nacionalismos radicales catalán y español fue un hecho cualitativamente nuevo. Hasta entonces, las «provocaciones» catalanistas eran verbales, mediante el insulto, la más dura descalificación al «honor» del contrario. Los españolistas, por el contrario, amparados en la confusión entre nacionalismo de identidad y militarismo, habían rozado los límites absolutos de la indisciplina de los cuerpos armados, logrando sin embargo —como en 1905, con la quema de la redacción de *La Veu de Catalunya*— mantener unas apariencias para todos necesarias. A su desafuero, la respuesta catalanista fue, como es notorio, la «*Solidaritat*», un «alzamiento cívico» en palabras del poeta Maragall. El lerrouxismo barcelonés pudo mantener un alto nivel de tensión callejera con los catalanistas, podía apelar a la subversión y, a la vez, al sueño dorado de todo el republicanismo, que el ejército le entregara el poder en bandeja. Pero, igual que los catalanistas, los «Jóvenes Bárbaros» radicales jugaban dentro de unos parámetros mucho más restrictivos que su propaganda: de ahí su notoria incomodidad en el verano de 1909, cuando tuvieron que hacer frente a la demanda, más o menos desde la calle, para realizar una «revolución». En la tesitura, como apunta Joan Connelly Ullman, escogieron una opción, la quema de edificios religiosos, que, si bien resultaba muy chocante, era de hecho la más suave de sus opciones. Los enfrentamientos barceloneses de diciembre de 1918 y enero de 1919, por comparación, no fueron gran cosa; sin duda mucho menos aparatosos que la «Semana Trágica». Eran casi equiparables a las topadas en calles y plazas barcelonesas de radicales y carlistas, en las cuales podía esgrimirse

alguna que otra pistola, produciéndose pequeñas escaramuzas o tiroteos con muertos. Pero los eventos en las Ramblas entre catalanistas y españolistas significaron una cesura, la separación entre dos estilos de hacer política.

Las implicaciones se extienden

Además del nacimiento del separatismo catalán como movimiento armado, con toda la carga de la francofilia de los años de la contienda mundial, se dio el hecho de que Cambó, junto con Ventosa, rompiera el gobierno de «Unión Nacional» presidido por Maura para encabezar la agitación nacionalista en Barcelona en cuanto acabó la Gran Guerra. Fue un giro que, aunque hasta cierto punto anunciado (Cambó hizo lo que pudo para preparar el ambiente en Madrid y París a corto plazo), hundió la reputación del líder de la Lliga como «político español». Cambó no tuvo más remedio que encabezar un ambiente político llevado adelante por el ultracatalanista Macià y el republicano catalán Marcelino Domingo con manifestaciones callejeras en serie y que amenazaba con desbordar la hegemonía «*lligaire*» en el catalanismo y, peor aún, cuestionar su control dentro del mismo partido regionalista.

Para empezar, la Lliga siempre había minimizado —con cierta razón aritmética— el separatismo; se solía denunciar que era sólo un espantajo, una invención interesada de los españolistas, con la que pretendían desacreditar un auténtico movimiento político con interés en la salvación de España mediante la afirmación de la catalanidad. Encontrarse desbordados debió de ser amargo: el cruel dibujante «Pícarol» (el mallorquín Josep Costa Ferrer) en *La Campana de Gràcia* mostró por entonces un Macià vestido de diario ante un encopetado Cambó: «*Què volen en dependents?*», preguntaba el jefe regionalista en la caricatura, aludiendo a los trabajadores del sector de servicios, los literalmente «horteras»; «*La independència!*», contestaba el ex militar y líder separatista⁴. «Pícarol» se especializó en su versión, casi antisemita, de Cambó, con nariz ganchuda, como ladino, sin escrúpulos, comerciante de cualquier valor social. El dibujante, des-

⁴ *La Campana de Gràcia*, reproducido en MASERAS, A.: *Francesc Macià*, Barcelona, La Nostra Gent, 1931, p. 39.

de la muy impactante prensa humorística catalana —*La Campana* y su gemelo *L'Esquella de la Torratxa*—, rehizo el suave personaje central, algo filisteo, del éxito de Rusiñol, *L'auca del Senyor Esteve*, como una siniestra encarnación de la reaccionaria base social de la Lliga, el ignorante, católico y fariseo *botiguer*, siguiendo líneas que la izquierda republicana catalana —como Gabriel Alomar, aunque fuera filosefardí— ya había marcado al hacer campaña antigermanófila durante la contienda mundial. Rusiñol se quejó algo, pero no mucho. En el cada vez más exaltado medio catalán, cundió mucho, *setmanada* tras *setmanada* de ambos periódicos, la caricatura del «judío» Cambó al frente de «su» ejército somatenista de estúpidos «*Senyors Esteves*». Parece que Cambó, si se dio cuenta, se lo tomó deportivamente, reconociendo un significado sociológico profundo al menos al personaje rusiñoliano⁵. La escisión nacionalista de Acció Catalana, por añadidura, dio la vuelta al insulto y, con su semanario humorístico propio, *L'Estevet*, reivindicó la figura del hijo del *Senyor Esteve*, artista en la obra rusiñoliana y *saltataulells*, dependiente de comercio separatista, en la revista dirigida por Manuel Carrasco i Formiguera, dedicada a la más salvaje provocación antimilitarista y antiespañolista.

Así, si en el pequeño contexto político catalán Cambó pasaba a ser una figura muy puesta en duda por su conservadurismo y españolismo, en el contexto español más general todo el extremismo nacionalista visible en Barcelona le era atribuido, como si de maniobra suya se tratara. Por tanto, el gobierno interino de García Prieto en noviembre recibió las gestiones cambonianas con notable frialdad, y su sucesor bajo Romanones a principios de diciembre hizo otro tanto, por mucho que Cambó siempre confió en su capacidad de entendimiento con el conde. Romanones, en su discurso inaugural, el 10 de diciembre, hablando con el respaldo de una magna manifestación en Madrid de las Cámaras de la Propiedad castellanas, apoyadas por las correspondientes Diputaciones y los centros regionales de la capital, acusó a los catalanistas de haber hundido las posibilidades de García Prieto, a lo que Cambó inmediatamente replicó. La reacción de Maura fue todavía peor. En su discurso del 11 de diciembre, Maura desautorizó todo el trabajo jurídico justificativo de la Lliga, con sus citas del sistema constitucional australiano o de la propuesta de ley de *Home*

⁵ CAMBÓ, F.: «Els catalans de *L'auca del senyor Esteve*» (28 de diciembre de 1939), *Meditacions. Dietari* (1936-1939), vol. 2, Barcelona, Alpha, 1982, pp. 694.

Rule para Irlanda, aprobada pero en congelación, junto con las autonomías españolas para Cuba y Puerto Rico de 1897 (por razones evidentes de coyuntura, ya no se podía mencionar Austria-Hungría, que había dejado de existir, ni tampoco Alemania, convertida en República). Para Maura, tras el colapso de las grandes entidades multinacionales del centro y este de Europa en las últimas semanas, los argumentos «imperiales» de cuño británico —en plena guerra de baja intensidad irlandesa— eran una fútil extranjerización, innecesaria y hasta falsaria. Llegado a ese criterio, Maura concluyó con la más cansada y vacía de las metáforas a las que el catalanismo estaba acostumbrado a esquivar: la generosa maternidad española ante los hijos díscolos de su vientre nacional. «Cuando ayer oí decir al señor Cambó, al comienzo de su discurso, que este debate decidiría si sus señorías quedaban eliminadas o definitivamente incorporadas a la política general, yo me maravillaba de que pudiese llegar a la excelsitud de la mente de S. S. una idea semejante; porque S. S. no puede ignorar que esa disyuntiva no se puede plantear, que esa disyuntiva no puede existir, que no tiene S. S. opción, ni la tendrá nunca, ni la tiene nadie, porque no se elige la madre, ni se eligen los hermanos, ni la casa paterna, ni la Patria en que se nace. (*Grandes, prolongados y repetidos aplausos y aclamaciones. Gran número de señores Diputados de distintos lados de la Cámara felicitan calurosamente al orador.*)»⁶.

Total, nada. Se vio cortada la supuestamente habitual corriente de comprensión mutua entre al menos una parte del maurismo y la Lliga. La culminación del discurso de Maura provocó una explosión de entusiasmo. Romanones se acercó para abrazarle. Cambó no pudo más que atribuirlo a un súbito acceso de verborrea embriagadora en el veterano estadista, «*per desgràcia, com tantes vegades li havia ocorregut*». Por lo demás, Cambó tuvo que confiar en sus acuerdos secretos con Romanones, quien —según el jefe de la Lliga— cumplió lo pactado al establecer una amplísima participación en una Comisión extraparlamentaria encargada de la redacción del Estatuto de Autonomía para Cataluña⁷.

⁶ Discurso de Antonio Maura en la Sesión del Congreso del 11 de diciembre de 1918, cfr. *La Autonomía Catalanista ante el Parlamento Nacional*, pp. 33-54, en GARCÍA-NIETO, M. C.; DONEZAR, J. M., y LÓPEZ PUERTA, L.: *La crisis del sistema canovista 1898-1923*, Madrid, Guadiana, 1972, pp. 217-233 (citas pp. 217, 218, 232, 233).

⁷ CAMBÓ, F.: *Memories (1876-1936)*, Barcelona, Alpha, 1981; para Maura, pp. 303-304 (cita p. 303); la Comisión, pp. 307-308.

El papel de Maura al frente de la comisión (que tuvo algún acierto olvidado, como la recuperación del término *Generalitat*) generó un documento visto por parte catalanista como patentemente insuficiente, con lo que quedó confirmado el extrañamiento entre mauristas y la Lliga. Para Maura, el castigo fue la falta de apoyo catalán para su tentativa de formar gobierno en diciembre. Por la otra parte, el hecho de que el proyecto de Estatuto redactado por la comisión parlamentaria con Maura al frente tampoco tuviera en cuenta el maximalismo catalanista de las circunstancias, forzó la mano del jefe *lligaire* en Barcelona, a ojos de sus aliados nacionalistas y republicanos.

De hecho, todo el mundo dentro del extra o aconstitucionalismo se lanzó a la carrera cuando los aliados aparecieron definitivamente como ganadores. El 7 de noviembre de 1918, por ejemplo, *España* publicó «un llamamiento para formar una Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres», que no era más que la retórica «democrática nacionalista» de los macianistas barceloneses traducida al nivel de un nacionalismo democrático español, equivalente a lo que ofrecían en la capital catalana los republicanos catalanes de Domingo, Francesc Layret y Companys. La invitación política iba firmada por el elenco de la consagrada intelectualidad capitalina (aunque no por Ortega): Unamuno, Manuel Azaña (secretario de la nueva iniciativa), Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Luis Araquistain, Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Álvaro de Albornoz, Luis de Zulueta, Luis Simarro, Manuel B. Cossío, Luis García Bilbao, Manuel Pedroso y Manuel Núñez de Arenas. Tras una recogida de firmas y al comprobar que el régimen español entraba sin problemas en la flamante Sociedad de Naciones, la sedicente Unión Democrática se evaporó. Pero sirvió para recordar hasta qué punto los planteamientos que podían exaltar a los nacionalismos particularistas podían igualmente excitar al nacionalismo central. La rivalidad era permanente.

Se produce el despegue regionalista hispano sin la Lliga

Si los intelectuales madrileños podían vivir un sarampión breve en nombre de la autodeterminación, más —como era de esperar— se pudo sentir en lugares donde la apelación nacionalista tenía un significado rupturista. Desde todas partes llegaban noticias de inquietudes

patriótico-localistas, que, como era lógico, *se contraponían a cualquier pretensión excepcional por parte catalanista*. Y era indudable que, al hacerse Cambó cargo de la representación madrileña de la campaña barcelonesa *Pro Estatut d'Autonomia Integral* y al dedicarse la Lliga a dominar los eventos barceloneses, el político regionalista se había hecho con una imagen de liderazgo, fruto de sus campañas pasadas, pero no reflejaba la circunstancia real del momento. Su protagonismo pareció confirmarse por el hecho de que los nacionalistas vascos, los regionalistas valencianos y los galleguistas secundaron la iniciativa catalana en la campaña estatutaria, al montar sus propias presiones análogas. *Los esfuerzos constitutivos de candidaturas en la primera parte de 1918 no dieron frutos en las elecciones legislativas de febrero, por prematura la convocatoria en cuanto a las iniciativas tomadas, pero los resultados se vieron al acabarse el año, al calor del panorama internacional y los entusiasmos utópicos wilsonianos*. En noviembre y diciembre, ante las pretensiones catalanistas desbordadas, que forzaron a Cambó a ponerse a su frente, *se produjo el pleno descontrol de todos los proyectos localistas que el líder lligaire había tan cuidadosamente mimado en prevención de las elecciones generales del febrero anterior, entonces sin fruto*.

En Galicia, a mediados de noviembre de 1918 se produjo una «*I Assembleia Nazionalista*» con todas las figuras destacadas de las Irmandades de Fala, «*para conquire do Goberno de Sa Maxestade o Rei a autonomía integral da Nación Galega*»⁸. Era una coyuntura evidente para hacer grandes declaraciones. Igualmente respondieron a las circunstancias los federales vascongados. En el medio nacionalista vasco, la radicalización de 1918 llevó a la fundación de la Eusko Ikaskuntza o Sociedad de Estudios Vascos, con un ejemplo que cundió en otras parte. En diciembre de 1918, se celebró en Pamplona una asamblea de autonomistas navarros, en la cual el CNV pidió la reimplantación de la «*viejas leyes*» anteriores a 1839, pero la mayoría prefirió «*la integridad de los poderes forales*»; aun así, el encuentro tuvo reverberaciones entre el naciente españolismo ideológico⁹. En Asturias, Vázquez de Mella, con otros próceres del país, se reunió en Junta Regionalista del Principado para reclamar la plena autonomía, al

⁸ MEIXOME, C.: *Castelao. Unha historia do nacionalismo galego*, Vigo, Edicions do Cumio, 2000, pp. 48-49.

⁹ DE ZUMALBURU Y EULATE, E.: «*Euzkadí*». *Un invento contra la Unidad Nacional*, s. l., s. e., 1980, p. 60.

tiempo que la Diputación Provincial acordó dirigir a la Presidencia de Gobierno unas «bases pidiendo la autonomía administrativa»¹⁰. Hasta el regionalismo castellano —que venía debatiendo, con torpor, la posibilidad de una «mancomunidad»— se movilizó en diciembre de 1918 con una asamblea de diputaciones en Burgos, al tiempo que reaccionaba contra la «amenaza» catalana a la unidad.

Asimismo, la campaña en pro de la autonomía valenciana abrumó con una multitud de actos y conferencias durante noviembre y diciembre, con un protagonismo de la Joventut Valencianista y de su diario *La Correspondencia de Valencia*. Pero el desgaste que acompañó el hundimiento de los Imperios Centrales se hizo visible en valencianistas como Ignasi Villalonga, para quien la monarquía danubiana pasó en unas semanas de ser modelo de articulación posible a ser ejemplo insinuado de autodeterminación fraccionadora: «*L'Estat d'Àustria-Hongria, abans de dissoldre's, abarcava diverses nacionalitats, i lo mateix passa hui en França, Gran Bretanya i Espanya, per eixemple*»¹¹. La Unió y la Joventut Valencianista, el 14 de noviembre, se descolgaron reclamando un «*Estat Valencià*» dentro de «*una Federació Espanyola o Ibèrica*» con capacidad para establecer mancomunidades en diversas direcciones¹². Así, según Josep García Conejos en *La Correspondencia de Valencia*, el 20 de noviembre de 1918, la «*Declaració valencianista. Base 3a.*» hacía una formulación bilateral: «*L'Estat central federal i l'Estat valencià: És a dir, la sobirania té que fraccionar-se en dos organismes. [...] com a privilegi, són injusts i odiosos estos concerts. [...] És una prova esta de què nosotres volem una Federació espanyola forta i robusta*»¹³.

Desde tiempo atrás, los aragonesistas en Barcelona como emigración económica habían tenido una función rectora en las iniciativas regionales. La figura más preeminente de la radicalización aragone-

¹⁰ OLÁBARRI GORTÁZAR, I.: «La cuestión regional en España», en *La España de las autonomías (pasado, presente y futuro)*, vol. 1, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, p. 165.

¹¹ VILLALONGA, I.: «Declaración valencianista. Base 2a.», *La Correspondencia de Valencia*, 18 de noviembre de 1918, reproducido en CUCÓ, A., y BLASCO, R. (eds.): *El pensament valencianista (1868-1939)*, Barcelona, La Magrana-Diputació de Barcelona, 1992, cita p. 153.

¹² «Declaración valencianista», reproducida, en ARTOLA, M.: *Partidos y programas políticos, 1808-1936*, t. II, Madrid, Aguilar, 1975, p. 237.

¹³ GARCÍA CONEJOS, J.: «Declaración valencianista. Base 3a.», *La Correspondencia de Valencia*, 20 de noviembre de 1918, en CUCÓ, A., y BLASCO, R. (eds.): *El pensament..., op. cit.*, pp. 158-159.

sista en un espejo catalán fue liderada por Gaspar Torrente. La tentación de aproximarse a la izquierda nacionalista radical catalana, rayana con el republicanismo catalanista, fue siempre embriagadora, con lo que Torrente se sumó a la iniciativa de Macià y de su Federació Democràtica Nacionalista en enero de 1919. También el regionalismo canario, crecido al calor de la agitación de la Lliga, perdió terreno tras 1918: el periódico tinerfeño *El Regionalista* languideció, mientras que, ante la frustración electoral de la Agrupación grancanaria, se hizo cada vez más poderosa la atracción del federalismo republicano, bajo el protagonismo de José Franchy Roca, con su propia relación con el ámbito republicano y catalanista republicano de Barcelona, al margen de la Lliga.

En Extremadura, ya en 1918, al calor de la campaña catalanista, se había formado una entidad, «Los Amigos de la Región», que intentó mantener un cierto ambiente propagandista, a caballo con la temática agraria, sin mayor trascendencia. Pero, a la vista del final de la contienda internacional, las instituciones locales reaccionaron con previsión: ya a finales de octubre, la Diputación de Cáceres aprobó un acuerdo para consensuar medidas con la de Badajoz. Un mes después, representantes de ambas Diputaciones se encontraron en Mérida y, a mediados de enero de 1919, de nuevo en Cáceres, siendo todo acuerdo fundamentado en la típica ambigüedad entre autonomía municipal y regional, que complicó todos los procesos regionalizadores en aquel invierno, incluido el catalán. Pero, al hundirse el motor catalanista, la dinámica extremeña, como las restantes, se paró en seco, relegada de nuevo a la mera propaganda, con la fundación del periódico *La Región* por José Luís Cordero y Antonio Elviro en la segunda mitad del año, y a gestos como la creación de una casa regional en Madrid.

Igualmente, el andalucismo se enorgulleció del establecimiento de un Centro Andaluz en Barcelona en 1919, junto con otro equivalente en Buenos Aires. Estimulados por el ambiente wilsoniano y por la resaca después de la larga ola de agitación catalanista, Blas Infante y José Andrés Vázquez redactaron una enérgica formulación de los requerimientos nacionalistas andaluces (incluyendo la reivindicación de Gibraltar) a la Conferencia de Paz parisina y a la Sociedad de Naciones resultante, todo sin moverse de Sevilla. El anhelo a la vez universalista y localista del andalucismo tuvo su concreción en una nueva Asamblea, esta vez en Córdoba, con lo que se afrontaban las

supuestas oportunidades que parecía ofrecer el año 1919. Tal como entendió Infante «la crisis de España»: «Nos adelantamos a la Sociedad de las naciones [*sic*], subordinamos el concepto de nacionalidad a los fines de la humanidad entera y escribimos valientemente el lema en nuestro escudo: “Andalucía para la Humanidad”. Por Andalucía siempre fue grande Iberia, y la grandeza que a España proporcionó Andalucía no fue la grandeza guerrera, bárbara o excluyente, sino grandeza que vino a aumentar la potencia del progreso humano»¹⁴.

Infante volvió a probar suerte electoral en los comicios legislativos convocados por Maura en junio de 1919, presentándose por el distrito de Sevilla con dispersos apoyos federalistas y «socialistas autónomos», aunque sin éxito, pero con capacidad para frustrar a los republicanos radicales. Pero la experiencia le sirvió para precisar su criterio: en carta que envió al director del diario sevillano *El Liberal*, Infante afirmó que «una cosa es ser “regionalista” y otra cosa muy diferente es ser como nosotros lo somos “regionalistas andaluces”»¹⁵. En general, y más allá de la creciente distancia del regionalismo genérico promovido por la Lliga fuera de Cataluña, la retórica difusamente izquierdista del andalucismo, por delante incluso del nacionalismo republicano de Antoni Rovira i Virgili, con su identificación con la causa de las «pequeñas naciones», al hacer tanta gala del humanitarismo, dejó atrás, con amplia distancia, la postura camboniana, aun cuando éste encabezara la agitación barcelonesa.

El nuevo giro antiautonomista y el cobro pasado a Cambó

Si la Lliga se encontraba cada vez más desbordada por los muchos autonomismos que aprovechaban las energías despertadas por el catalanismo en los dos años anteriores, lógicamente en zonas sin grandes entusiasmos las reacciones fueron más bien contrarias, ante lo que se percibía como una amenaza largamente latente y ahora despertada. El giro autonomista del invierno de 1918-1919 endureció las

¹⁴ INFANTE, B.: «La crisis de España», recorte sin identificar, 1919, reproducido, en INFANTE, B.: *Antología de textos. Blas Infante*, RUIZ LAGOS, M. (ed.), Sevilla Fundación Blas Infante, 1983, pp. 97-103 (cita p. 99).

¹⁵ RUIZ LAGOS, M.: *El andalucismo militante: dialéctica y crónica del «ideal andaluz»*, Jerez de la Frontera, Centro de Estudios Históricos Jerezanos, 1979, pp. 181-183.

posturas castellanas ante la Lliga, convirtiendo a elementos mauristas como Benito María Andrade en enemigos del «separatismo agazapado» del regionalismo catalán, que, a sus ojos y llegado al último extremo, no era en nada menor que el ultracatalanismo en sus reivindicaciones. Solamente figuras poco representativas, como José Sánchez Rojas, podían mantener una promesa de vínculo. Como era de esperar, un gran personaje del maurismo, como César Silió, acostumbrado a los altibajos de la política, pudo convertirse en un apoyo de las pretensiones culturales de Cambó en el último gobierno Maura de 1921-1922, ganándose el agradecimiento eterno del jefe regionalista catalán¹⁶. Si su confianza en la fiabilidad de la Lliga quedó algo tocada, Silió, en todo caso, abjuró del recurso fácil a la denuncia anticatalanista frontal y eximió a Cambó de cualquier crítica¹⁷. En Mallorca, Forteza pasó al liberalismo en diciembre de 1918, para llegar a ser alcalde de Palma por Real Orden en 1923.

Los blasquistas valencianos se escandalizaron igualmente, en un principio, del giro de Cambó, poniéndose al frente del movimiento autonomista incitado por los republicanos catalanes de Domingo y por Macià. Enfascados en una creciente confrontación con el proceso de definición de un valencianismo en buena medida católico, polarizada la ciudad del Turia, firmemente republicana, con la Huerta valenciana, sólidamente católica, los blasquistas hicieron lo que pudieron para agitar mediante el anticatalanismo a lo largo de 1918. Pero la oportunidad que ofrecía la coyuntura de diciembre también se podía leer al revés, como una concesión de la derecha catalana al protagonismo de hecho de los republicanos, lo cual podía ser aprovechado en el contexto valenciano. El jefe blasquista Félix Azzati en *El Pueblo*, al grito de «¡Qué actúe Valencia!», se mostró muy inusualmente filocatalanista: «Siente Cataluña su ideal y toda oposición levanta su cólera. España entera debe rendirse a la evidencia. Una Cataluña libre: esto es lisa y llanamente lo que han pedido regionalistas, carlistas y republicanos catalanes. ¿Diferencias entre éstos? Ninguna esencial. El Gobierno regatea, vacila, no acierta: Cataluña se retira y pone el pleito en manos populares. ¿Bastará una reforma en el orden administrativo para satisfacción de los catalanes? No...». Pero

¹⁶ CAMBÓ, F.: *Memories...*, *op. cit.*, pp. 345, 349 y 354.

¹⁷ A remarcar la ausencia de comentarios anticatalanistas de su obra política de requisitoria contra la República. SILIÓ, C.: *En torno a una revolución*, Madrid, Espasa-Calpe, 1933, pp. 192-197.

añadió: «Nadie tenga miedo al problema. Cataluña ofrece el más elocuente ejemplo»¹⁸.

Pero la campaña por la «autonomía integral» tampoco dejó del todo convencidos a seguidores muchos más naturales de Cambó. El regionalista mallorquín Miquel Ferrà quiso subrayar, en febrero de 1919, su distancia: «*Ignor si la Lliga Regionalista de Catalunya segueix en aquests moments disposada a continuar les seves temptatives per solucionar la nostra qüestió dins l'actual règim. Però he de dir que, respectant i aprovant des d'ara tota gestió ben intencionada que per qualssevol elements en aquest sentit es faça, la meua fe en aquest règim és avui totalment perduda*»¹⁹.

Víctor Pradera, en una reunión en Pamplona el 30 de diciembre de 1918, descrita posteriormente como dedicada a «los deseos de la provincia de restaurar, sin quebranto de la unidad de España, sus facultades forales», pudo remachar su indeseada dependencia en la iniciativa cambroniana. En su contestación al nacionalista vasco pamplonés Manuel Aranzadi en la discusión sobre una posible demanda de autonomía para Navarra, Pradera subrayó el descrédito de Cambó, como personaje sin palabra: «Todo el mundo lo cree, y como a mí no me duelen prendas, he de decir que vamos a rastras de Cambó, que cuando era Ministro decía que no había que tocar estas cuestiones hasta el 31 de diciembre de 1918, porque hasta esta fecha se comprometió a ser Ministro del Gabinete nacional. Tan pronto como abandonó el Gobierno cambió de opinión, iniciando el movimiento. De modo que en esta cuestión, a rastras de él vamos; y eso no es muy honroso para Navarra. Pero, en fin, no quiero que se diga nunca que un navarro ha desertado de su puesto dejando de aprovechar un momento oportuno para reclamar lo que tanto interesa a nuestro propio régimen»²⁰.

La campaña autonómica del invierno de 1918-1919, hecha con un enfoque restrictivo, «*Catalunya endins*», tuvo que ser en extremo

¹⁸ AZZATI, F.: «¡Que actúe Valencia!», *El Pueblo*, 14 de diciembre de 1918, reproducido, en CUCÓ, A., y BLASCO, R. (eds.): *op. cit.*, pp. 192-193.

¹⁹ FERRA, M.: «Venga un nou règim», *La Veu de Mallorca*, 46 (febrero de 1919), reproducido, en LLULL, A. [MIR, G.], *El Mallorquinisme polític (1840-1936): del regionalisme al nacionalisme*, vol. 2, París, Edicions Catalanes, 1975, p. 56.

²⁰ PRADERA, V.: «La reintegración foral de Navarra», reunión en Pamplona, 30 de diciembre de 1918, en *Obra completa*, II parte, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1945, cita pp. 272-273.

frustrante para Cambó, incluso cuando parecía que podía funcionar. En primer lugar, fue el resultado directo de la agitación de un año antes, cuando se intentó preparar, con demasiada premura y en un clima todavía inmaduro, las elecciones de «la España grande». Pero las semillas entonces sembradas germinaron y hasta parecieron florecer de pronto tras el final de la Guerra Mundial y al calor de la contagiosa euforia del wilsonismo universalista. Sabiendo lo que se había invertido entonces, uno o dos años antes, para sacar tan escasos resultados, debió de irritar a los regionalistas catalanes ver cómo por doquier aparecían brotes regionalistas que ahora despuntaban y se preciaban de su propia dinámica y formulaban sus propias exigencias sin en nada agradecer a la Lliga sus desvelos durante tanto tiempo.

Al mismo tiempo, la campaña iniciada a finales de 1918 era una inversión —en el otro sentido de la palabra— de la de la primavera anterior, en tanto que todo se hizo al revés. En vez de reclamar el «imperio», se proclamaban las más confusas tesis sobre federación y autodeterminación, garantizadas para radicalizar de inmediato el ambiente político y provocar las reacciones contrarias de un centralismo airado por amenazado, que era precisamente lo que Cambó había tratado de evitar. El jefe de la Lliga quería entenderse con la Corona y los militaristas, salvar el Parlamento y evitar los sobresaltos. Y, muy al contrario, todavía peor que en el verano de 1917 por encabezar un movimiento mucho más disperso y contradictorio, se encontró al frente de una ola de innegable subversión, que debió ser lo último que deseaba en la vida. Más de un enemigo supo echárselo en cara a Cambó. Pradera, en el Congreso de Diputados, el 12 de diciembre de 1918, se mofaba del espectacular giro de la campaña autonomista, con el jefe catalanista de la mano de Lerroux; recordaba el monarquismo de la propuesta «imperial» de la Lliga para insistir en la nueva contradicción: «Para mí esta Monarquía es poco Monarquía. Pero poco y todo, esta Monarquía se encuentra, por serlo, en mejores condiciones para resolver el problema regional que la República»²¹.

²¹ PRADERA, V.: «Qué puede ser materia de poder regional?», *Diario de Sesiones*, 12 de diciembre de 1918, en PRADERA, V.: *Obra completa, op. cit.*, t. I, citas pp. 362, 364 y *passim*.

Las rupturas políticas vasca y catalana

Así, por lo tanto, el impacto de Cambó tuvo otro efecto, además de partir los nacionalistas vascos entre «neosabinianos», o puristas, y sus oponentes más moderados. También aquellos sectores que podían operar dentro del marco de una oferta intelectual como la de Sarría pero que entendían «lo vasco» como expresión de una españolidad se sintieron forzados a definir su actitud. Desde marzo de 1918, algunas figuras representativas del monarquismo derrotado en las elecciones del 24 de febrero anterior —Ybarra, Lequerica, Aresti, entre otros— abogaron públicamente por una unión dinástica, idea repetida por el diario maurista bilbaíno, *El Pueblo Vasco*. En el acto impulsor de la nueva corriente, en marzo, Luis de Salazar, ex presidente de la Diputación Provincial de Vizcaya (ocupada desde hacía un año por Ramón de la Sota Aburto, hijo del jefe de la Comunión Nacionalista Vasca [CNV]), declaró que «en las últimas elecciones de Diputados a Cortes fueron vencidos por la exótica ola de un nacionalismo traducido del catalán, que había envenenado el solar vizcaíno»²². Asimismo, algún candidato vizcaíno contrario fue considerado «catalanista nacionalista»²³. El liberal Gregorio de Balparda, albista y en consecuencia anticambó, denunció el paso «del bizcaitarrismo fenicio al catalanista y judaico» en una obra de pretensiones teóricas, *Errores del nacionalismo vasco*, que recogía y ampliaba sus escritos antinacionalistas de dos décadas²⁴. Pero el momento culminante vino en diciembre, cuando, con apoyo republicano y socialista, los monárquicos hicieron frente a la presión por reproducir en Vizcaya la campaña autonomista liderada en aquel momento por Cambó en Cataluña. La presencia de Balparda junto con el jefe maurista vizcaíno Ramón Bergé Salcedo, gran partidario de la unión de derechas, en la reunión de los Ayuntamientos de Vizcaya en diciembre de 1918, al calor del wilsonismo ambiental y de la campaña camboniana de autonomía en Cataluña, disparó por rebote

²² DE YBARRA, J.: *Política nacional en Vizcaya*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948, p. 459.

²³ ARANA PÉREZ, I. L.: *El monarquismo en Vizcaya durante la crisis del reinado de Alfonso XIII (1917-1931)*, Pamplona, Eunsa, 1982, p. 35.

²⁴ DE BALPARDA, G.: *Errores del nacionalismo vasco*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1918, p. 55.

el encuentro de los partidos dinásticos en una única postura antinacionalista, a la que se sumó Luis Salazar y Zubía, al frente de los datistas de la provincia. Finalmente, el 7 de enero de 1919, en Bilbao se constituyó la Liga de Acción Monárquica (LAM) de Vizcaya, fusión de liberales, conservadores y mauristas (con la participación en el nuevo organismo de Balparda, Bergé y Salazar), con la misión de frenar la pujanza nacionalista.

Un mes después, en febrero del mismo año, se creó en Barcelona, en paralelo a la flamante Liga bilbaína, la Unión Monárquica Nacional (UMN). El nuevo partido monárquico catalán pudo aparecer con un mayor protagonismo liberal, alrededor del liberal terrasense Alfonso Sala y Argemí, que había mantenido de 1893 a 1922 sin interrupción la representación como diputado por su ciudad fabril, pero con el respaldo del marqués de Comillas, Claudio López Bru, activísimo financiador de proyectos políticos católicos. La Unión contaba asimismo con la participación de gentes como José María Caralt y Sala, conde de Caralt y ministro con García Prieto en 1918; Josep Roig i Bergadà, ex Lliga y también ministro en 1918; José d'Olano Loyzaga, conde de Fígols; Darío Rumeu Freixa, barón de Viver; Manuel Rius y Rius, marqués de Olérdola; José María Milá y Camps; Ramón de Godó y Lallana, conde de Godó y propietario de *La Vanguardia*; Mariano de Foronda y González-Bravo, marqués de Foronda, y los fabricantes Jaume Cussó y Benet Bardinas. Eran, en resumen, un conjunto de empresarios destacados, muchos de ennoblecimiento reciente, escandalizados por el vuelco que Cambó había dado en noviembre (el nacimiento de la Unión fue anunciado en una «batalla de telefonemas» entre Sala y el líder *lligaire* el 11 de febrero), pero que desconfiaban igualmente de Lerroux y todo lo que representaba²⁵. El discurso *unionista* (con su eco del Ulster militante) se formuló en contra de una situación catalana denunciada como de injusto predominio nacionalista, más allá de su verdadera capacidad de representación y, por lo tanto, de corrupción estructural. En los diez años de administración catalanista, primero, en la Diputación barcelonesa y, después, en la Mancomunidad, la Lliga había establecido unas pautas, se quisiera o no, de «patrimonialismo», en palabras de J. F. Médard, mediante las cuales se facilitaba la confusión entre la

²⁵ *El Año en la Mano. Almanaque-Enciclopedia 1920*, núm. XIII, Barcelona, Antoni López, p. 257.

sociedad civil, rigurosamente privada, y las instituciones públicas catalanas, dedicadas al estímulo de ese mismo tejido social. Con esa percepción, los «unionistas» dieron la vuelta a los habituales argumentos catalanistas sobre la política española, para argumentar —no sin razón— que había una «oligarquía» y un «caciquismo» catalanistas que manejaban los organismos interprovinciales a su antojo. Joaquín Samaruc, portavoz del «unionismo», al escribir en 1924 valoró los abusos de «la Mancomunidad de Cataluña» como la siniestra expresión de *Cien años de catalanismo*:

«El regionalismo es el sentimiento que estimula a las regiones a reconstruir su personalidad histórica con arreglo a su naturaleza, a sus costumbres, a su idioma, a su personalísimo modo de ser, pero siempre dentro la unidad nacional. Catalanismo no quiere decir regionalismo manteniendo el perímetro de la nación, sino regionalismo quebrantando la unidad nacional; significa un exclusivismo: es pasión de avaro que, considerándose rico, quiere romper toda relación con el hermano pobre. Catalanismo, pues, no es un sentimiento, sino una manifestación de egoísmo». Es más: «El regionalismo de Cataluña no ha recordado las enfermedades de la patria para buscarles remedio, sino para provocar repulsión, para producir asco»²⁶.

La formación de la Unión Monárquica deshizo la tradicional división de los partidos constitucionales o «dinásticos» en Cataluña, mucho más fuerte de lo normalmente recordado (los liberales, por ejemplo, controlaban la provincia de Tarragona), dado que la Lliga nunca tuvo fuerza electoral allende de Barcelona ciudad y determinados distritos de la misma provincia, contando con una habitual política de alianzas con el carlismo en Gerona para sacar adelante sus candidaturas. En Lérida tampoco pudo el regionalismo campar a sus anchas y se vio forzado a pactar con una variedad de opiniones locales. La gran potencia del regionalismo hecho partido había sido su capacidad de actuar como «bisagra» entre las derechas y las izquierdas. El mismo hecho de un «unionismo» activo —tanto en el sentido de una fusión de corrientes constitucionalistas, ahora devenidas españolistas, como en su sentido de imitación anglo-irlandesa, como réplica combativa al separatismo— forzaba el desafío y amenazaba con hundir la estrategia histórica *lligaire*, al plantear una polarización opuesta a la catalanista.

²⁶ SAMARUC, J.: *Cien años de catalanismo. La Mancomunidad de Cataluña*, Barcelona, Salvat, Duch y Ferré, 1924, p. 9.

La simultaneidad era elocuente. Como observa agudamente Stanley Payne, la aparición de la Liga bilbaína produjo una duradera «triangulación» política entre nacionalistas vascos, socialistas y derecha españolista, que se ajustó a la compleja variación social entre las tres provincias vascongadas. En el caso catalán, la expansión metropolitana de Barcelona quedó igualmente «triangulada» a partir de 1919 entre las ofertas rivales de catalanistas, la confluencia incómoda españolista de «lerrouxistas» y militaristas, y la postura más o menos equidistante de los anarcosindicalistas. Sin embargo, a pesar del relativo parecido, las simetrías no eran exactas. En la capital catalana, la flamante UMN —que no tenía antecedente— hizo frente simultáneo al naciente ultracatalanismo de Francesc Macià y a las consecuencias de la desbordante militancia anarcosindicalista, mientras que solapaba sus esfuerzos un creciente intervencionismo militarista. El protagonismo barcelonés de los militaristas, que dominarían el escenario político local a partir de la primavera de 1919 y hasta la caída de la Dictadura en 1930, hundió —por absorción y desgaste— el españolismo político antes floreciente, con notorio arraigo popular.

En Bilbao, inicialmente, la LAM fue entendida como una reedición de la antigua «piña» de liberales y conservadores, pero tenía, a la vez, margen de maniobra para establecer un pacto de no agresión con el socialista Indalecio Prieto, diputado provincial de Vizcaya en 1911, concejal del Ayuntamiento de Bilbao en 1915 y protegido del naviero Echevarrieta, que salió diputado en 1918 para ser reelegido en sucesivos comicios hasta 1923. En frente, las tensiones del radicalismo «neo-sabiniano» se contuvieron dentro de la CNV hasta más adelante, para lo que el mismo Prieto sirvió como elemento aglutinador interno del nacionalismo, «porque el españolismo es en Euzkadi Indalecio Prieto y Tuero». Según el editorial de *Euzkadi* del 18 de mayo de 1919, en plena campaña electoral, asumiendo en negativo la propaganda de la Lliga, el socialista era «otro Lerroux, tan español como éste», un «abanderado» del españolismo mediante el cual «el Gobierno español se abraza a la chusma exótica»²⁷. La situación vasca, pues, ofrecía una retroalimentación del todo negativa al contexto catalán, a su vez sometido a un descontrol muy superior a los desafíos

²⁷ FUSI, J. P.: «Prieto y el problema vasco», en FUSI, J. P.: *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, pp. 113-126; cita de la editorial de *Euzkadi*, 18 de mayo de 1919, p. 114.

anticatalanistas de 1905 y 1909. Al flujo «imperial» de la campaña camboniana de la «España grande», vino la contracorriente que rechazaba, desde la izquierda y la derecha, cualquier componenda como falsa.

Las implicaciones generales de las escisiones nacionalistas

Sin duda, algo estaba cambiando. En resumidas cuentas, la radicalización nacionalista parecía pedir un reposicionamiento españolista de cualquier patriotismo español convencional. La campaña autonomista, pues, trajo la escisión de los partidos constitucionales —liberal y conservador— y del carlismo. Unamuno, en febrero de 1919, comentó con voz apocalíptica el significado de los motines barceloneses, al plantear la inutilidad —a su parecer— de la confrontación entre posturas nacionalistas ya radicales y todavía más radicalizables:

«Lo mismo la razón insocial Maura-Dato-Prieto-Alba-Romanones que Puig y Cadafalch, Cambó y Compañía —con la ola de incendios republicanos y socialistas que, pretendiendo arrastrarlos, son por ellos arrastrados—; lo mismo la Liga Patriótica Española que la Lliga Regionalista; lo mismo los españolistas que los catalanistas; lo mismo la burguesía de la personalidad nacional de la región soberana que la burguesía de la unidad nacional española intangible; lo mismo los que cantan *Els Segadors* que los que entonan la Marcha de Cádiz, o los que vociferan *La Marsellesa* federalista; todos ellos lo que temen es el bolcheviquismo, el maximalismo, el sindicalismo y, en conclusión, el universalismo, que no cree que se resuelva nada en Parlamentillos regionales ni con pedanterías de personalidades diferenciales de lujo y de prestancia y basadas en celos recíprocos. Y no es el universalismo bolcheviquista lo disolvente, ¡no!; lo disolvente son esas querellas de burgueses ahítos.

Lo mismo da la oligarquía de la oligarquía centralizada que la oligarquía descentralizada. Las mismas vaciedades que el Estado español hacía enseñar en español en Cataluña, las mismas vaciedades, y aún mayores, más vacías y más litúrgicas, hará enseñar en Cataluña la nación soberana catalana; al *Epítome*, verbigracia, de la Real Academia Española de la lengua castellana, sucederá otro Epítome cualquiera, si no tan arcaico, no menos absurdo, y en vez de enseñar raquíptico y troglodítico casticismo castellano, se enseñará el no menos raquíptico y medieval casticismo catalán, y en vez de un Astete o un Ripalda, un catecismo de la Iglesia Catalana Apostólica Romano-Catalana. Y

con el cambio nada cambiará, si es que no se pierde, la causa de la universalidad y de la humanidad en España toda»²⁸.

Se ha argumentado que, a raíz de la Guerra Mundial, en España se abrió una búsqueda ideológica para encontrar un nacionalismo español moderno y modernizador: que no fuera de izquierdas, pero que entendiera los valores del postliberalismo desde la izquierda y aprovechara las lecciones; que tuviera sentido de Estado, pero que no fuera administrativista en el estrecho sentido de la habitual práctica española; que no fuera indulgente con el separatismo, pero que supiera incorporar el regionalismo como algo positivo; que no fuera militarista, pero que pudiera pactar o al menos entender las demandas del cuerpo militar y, así, relegarlos a sus cuarteles, y que siendo laico se manifestara abierto, capaz, si no de reconciliar, por lo poco, de facilitar un espacio neutro y común a católicos (incluidos los más recalcitrantes) y anticlericales. Era una demanda que se ha identificado con la iniciativa en 1914 de la nonata «Liga de Educación Política» de José Ortega y Gasset, anunciada en su «Vieja y nueva política».

Pero, en 1919, tras el espectáculo de la Guerra Europea, la demanda pasiva para nuevas mezclas o formas políticas se había hecho activa, hasta insistente. La coincidencia cronológica resulta muy elocuente. En enero se fundó la LAM de Vizcaya y, de inmediato, en febrero, en Barcelona la UMN, según la prensa una «Liga Nacional Española» surgida «en sustitución a una mal llamada “Liga Patriótica” que daba mucho que hablar». Pero ese mismo febrero se anunció la escisión de Vázquez de Mella de la ortodoxia jaimista. Desde principios de febrero hubo «divergencias tremendas entre los tradicionalistas [*sic*] catalanes», que estallaron abiertamente cuando, el día 11, el pretendiente don Jaime «condena las campañas germanófilas de sus adeptos»; una semana más tarde, el día 17, mientras torlaban en protesta los diputados regionalistas de Madrid a Barcelona, Mella «se declara contra» su otrora verdadero rey²⁹.

²⁸ UNAMUNO, M.: «Entre Dato y Cambó», *El Mercantil Valenciano*, 2 de febrero de 1919, reproducido en DELGADO, B.: «Unamuno y Cataluña», en DELGADO, B. *et al.*: *Cincuentenario de la muerte de Unamuno*, Barcelona, Fundació Caixa de Pensions, 1988, pp. 153-183, cita en pp. 178-179.

²⁹ Todos los entrecomillados del «Resumen diario de 1 de agosto de 1918 a 31 julio de 1919», en *El Año en la Mano. Almanaque-Enciclopedia 1920*, núm. XIII, Barcelona, Antoni López, p. 257.

Aunque el vazquezmellismo —cuyo hombre más fuerte fue Víctor Pradera, dada la debilidad física de Mella, aquejado de diabetes— tardó hasta el otoño en reorganizarse de lleno, su aparición deshizo la extrema derecha tradicional, ya partida desde hacía unos treinta años entre legitimistas e integristas. Sin la apelación histórica a la dinastía «auténtica», pero a la vez sin la obsesión por «Cristo rey» del integrismo, el vazquezmellismo era una aberración ideológica, pero riquísima en sus implicaciones, ya que casi forzosamente se abocaba a la defensa de un nacionalismo español exaltado, robando el programa integrista para releerlo en clave estatalista, pero sin toda la pesada carga de la histórica hermenéutica carlista. Como mostró el protagonismo de Pradera, el nuevo «tradicionalismo» por antonomasia —el título oficial era de Partido Tradicionalista Católico— asumió el papel de defensor de la sociedad civil histórica, con todos los foralismos imprescindibles, ante el descarnado españolismo de raigambre liberal y, por tanto, estatalista, institucional de la bilbaína LAM y de la barcelonesa UMN.

Dada su postura, la batalla contra la Lliga era esencial, ya que se disputaban el mismo espacio doctrinal. En febrero de 1919, en el Parlamento, Pradera le espetó a Cambó su ardiente distancia: «Nosotros creemos que el separatismo es un crimen, y vosotros —S. S., Sr. Cambó, lo dijo— creéis que es una torpeza. Es decir, que nuestro punto de vista es el del cónyuge que no quiere romper el vínculo matrimonial, porque lo considera pecado, y el vuestro es el del cónyuge, es del marido que no quiere romper el vínculo matrimonial, porque tiene en su mano la cómoda administración de los bienes de su mujer. (*Muy bien. Rumores*)». Para Pradera, hablando en la Cámara de Diputados el 19 de febrero de 1919, la Mancomunidad no era Cataluña: «Ni siquiera habéis aplicado el oído sobre el corazón de Cataluña, para que Cataluña por su verbo os diera el léxico necesario para mostrar cuáles son sus aspiraciones y sus anhelos. No. Acudísteis a la Constitución centralista, contra la cual mil veces habéis protestado. ¿Para qué? Para llevarla a Cataluña. Eso es todo lo que ha ocurrido para adornar ese anhelo de aspiraciones autonomistas de Cataluña». Luego el estatuto autonómico avalado por la entidad interprovincial era igualmente falso: «[...] yo tengo que decir que ese Estatuto no es la voluntad de Cataluña, y añado que, aunque fuese la voluntad de Cataluña, con sólo esa voluntad no tenéis derecho a exigir del Congreso que vuestras pretensiones prosperen». A partir de esa percepción, su

rechazo a cualquier reforma del Estado propuesta por el catalanismo fue absoluta³⁰.

Los nuevos españolistas eran una réplica perversa a la pretensión *lligaire* de estar por encima de la distinción entre liberales y conservadores. Si la Lliga, como su nombre indicaba, era una organización suprapartidista, el «accionismo» bilbaíno o el «unionismo» catalán podían asimismo beneficiarse de ser a la vez y según conviniera partido o coalición. Si los odiados catalanistas habían instituido, porque les interesaba, una política de concentración bi o multipartidista, estas nuevas fuerzas podían contestar que la lección había sido aprendida con creces. Si la Lliga era un «partido bisagra», ellos también. Los nuevos españolismos y su significado como superación de la pugna de derecha e izquierda prometían un relanzamiento del tradicionalismo, al margen de la reivindicación dinástica, que, igual que Mella, cada vez parecía menos relevante, ya que el «rey legítimo» no se casó, no tenía descendencia, como tampoco su tío, con lo que la dinastía carlista se acababa, si no se traicionaban sus propios principios sálicos o se saltaba por encima de toda la engorrosa cuestión, que era lo que Mella proponía.

La competición de los españolismos, más el decidido protagonismo de Pradera, impulsó a Mella hacia el rechazo del «regionalismo integral» que otrora había ensalzado. A principios de junio de 1921, por ejemplo, el viejo prócer dio una conferencia en el Teatro Goya de Barcelona, a partir de la idea de que «el regionalismo es incompatible con el Estatuto de la Liga [*sic*], que es un parlamentarismo más». Su postura era clara: «¿Es que el régimen parlamentario dividido por regiones cambia de naturaleza y se convierte en substancia regionalista? Suponed que el régimen parlamentario actual se divide en seis o en doce regiones, en las que queráis dividir la Península, y tendremos seis o doce Parlamentos más. ¡No podemos aguantar uno en conjunto, y vamos a soportar los doce! (*Aplausos y risas*)». Y precisó que el caso catalán no era excepción alguna³¹.

³⁰ PRADERA, V.: «El separatismo es crimen y torpeza», *Diario de Sesiones*, 19 de febrero de 1919, en PRADERA, V.: *Obra completa, op. cit.*, vol. I, II parte, pp. 282-294, citas pp. 285, 288, 284, 285 y 285-286.

³¹ VÁZQUEZ DE MELLA Y FANJUL, J.: «De un viaje por Cataluña», conferencia dada en el Teatro Goya de Barcelona, 5 de junio de 1921, en *Obras completas*, II, vol. 14, *Política general*, de Barcelona, Casa Subirana, 1960, pp. 275-328 (pp. 303, 307 y 308).

Sin embargo, y a pesar de la belicosidad de Pradera, su nuevo «tradicionalismo» no prosperó, ya que su camino estuvo cortado por el españolismo posliberal de las nuevas fuerzas monárquicas vizcaína y catalana. En concreto, la LAM de Vizcaya había sido la primera en mostrar el camino, con *la implicación de que la histórica frontera ideológica entre los bandos liberales y conservadores era menos significativa que la división entre españolistas y nacionalistas vascos*. Ello permitió que la Liga vizcaína se apropiara del paquete de estilo y conceptos de Pradera, utilizando su españolismo «tradicional» de nuevo cuño, pero sin asumir su pesada carga de tradicionalismo doctrinal. El hecho en sí de un partido transversal post-liberal daba ciertas garantías ante la nueva «vieja derecha» praderiana. Así, los dirigentes de la Acción Monárquica vizcaína, políticos cuya figura estelar era José Félix de Lequerica, no necesitaban a un personaje tan difícil como Pradera, que podía taptarlos a todos. Sabían que podían trabajar con él, pero la propia oferta de la Liga cortaba el camino de Pradera a un protagonismo político proporcional a su influencia ideológica. En el escenario catalán, en cambio, la interacción con Pradera era demasiado lejana y el peso de la política local demasiado poderoso para que se pudiera aprovechar la circunstancia del mismo modo. Como se vería con el tiempo, tampoco contaba la Unión Monárquica con una figura de la capacidad de maniobra de Lequerica, por mucho que Sala y Argemí, Milá y Camps o Rumeu hicieran lo que pudieran por estar a la altura.

Para mayor complejidad del españolismo, se puede entender la división del militarismo como un juego de opciones *civiles*. Los «junteros» habían rechazado cualquier homologación con las corrientes sindicales en 1917, así como cualquier inteligencia entre las izquierdas moderadas y las obreristas, pero persistían como una presencia operativa en la política española. Por contra, los irónicamente llamados «africanistas» concentraron sus energías militaristas en la creación de una fuerza —la «Legión» o Tercio de Extranjeros, fundado oficialmente en enero de 1920— que si bien *exhibía todos los rasgos de una organización paramilitar dispuesta a la lucha callejera, era una unidad de choque que se alejaba de los conflictos políticos para concentrarse en el combate marroquí*. En consecuencia, la «Legión», con el coronel Millán Astray al frente, arrastraba afiliados potenciales de un españolismo de lucha armada fuera de las ciudades y lejos de las algaradas, llevándolos a morir «por la patria» en el Rif. Así, en 1922-1923,

los intentos de crear un sólido «fascismo» españolista desde el militarismo «juntero», como el grupo «La Traza» en Barcelona, se encontraron sin la base adecuada para prosperar.

El resultado de la escisión nacionalista española y la aparición de diversas opciones españolistas planteadas en sentido transversal, superador de la consabida división izquierda/derecha, liberal/conservador, fue el definitivo hundimiento del sistema de partidos constitucionales, ya fragmentado desde las duras temporadas parlamentarias de 1912-1913. El desarrollo organizativo de las dos vertientes innovadoras del sistema —el albismo por la izquierda y el maurismo por la derecha— era la única promesa de auténtica renovación de un juego de predominio bipartidista. Su consolidación como partidos de cuadros articulados, con base e irradiación en la sociedad civil española era imprescindible para que cuajara, con duradera solidez, un juego parlamentario estructurado, al cual los reformistas de Melquiades Álvarez y la Lliga de Cambó podían servir de alternativas en la frontera del constitucionalismo, para forzar la incorporación, lenta y parcialmente, por entregas, de los republicanos y de los legitimistas e integristas. Los mauristas, en todo caso, ignoraron a su coste el fermento transversal nacionalista español, convencidos todavía de encarnar una novedad ya más que gastada. En contraste con la relativa efervescencia maurista, con todas las contradicciones propias de sus inquietudes, el conservadurismo oficial bajo Dato, con el impulsivo Sánchez-Guerra de teniente, quedó en exceso vinculado a los mecanismos administrativos y a la actuación paraestatal como para servir como foco creativo de una derecha nueva. Asimismo, las agrupaciones liberales fieles a Romanones y García Prieto tampoco mostraron el dinamismo del albismo y eran singularmente incapaces de atraer, por sí mismas y sin prebendas inmediatas, a los intelectuales.

Tanto el maurismo, con una cierta indulgencia para las pulsiones positivas del regionalismo, como el albismo, defensor de una administración central potente y fiscalizadora y, por ello, muy crítico con los nacionalismos y/o regionalismos, dependían, aunque fuera de forma diferente, de la apelación al nacionalismo español, incluso, en sus respectivos extremos, al españolismo, como freno a una radicalización excesiva de la izquierda albista hacia afinidades socialistas o del maurista hacia una «nueva derecha». *El surgimiento de las opciones españolistas transversales, con su superación de la distinción liberal/conservador y su desafío en esencia subversivo a los límites constitucionalistas*

a la participación en la gobernancia (y no sólo en la tarea legislativa) hundieron, de una vez por todas y sin poder ellas ocupar aquello que arrasaban, el terreno de expansión de la bipolaridad sistémica.

Los primeros meses de 1919, como se puede ver, tuvieron un significado más profundo del que se les suele dar, ya que no sólo fueron significados por la aparición del anarcosindicalismo barcelonés, con toda su energía manifestada en las huelgas generales, o por el destape de un militarismo de síntesis, acuerdo práctico entre altos mandos de la Capitanía catalana (o que se sucedieron en su cargos importantes) y la oficialidad de fuerte predominio «juntero», que se abalanzó sobre la problemática de orden pública y la lucha social con el entusiasmo de formar un sedicente e informal «partido militar». Todavía la LPE, organización que hizo frente al separatismo en las Ramblas en el paso de 1918 a 1919, representó el militarismo callejero, con componentes «junteros», muy mezclado con elementos políticos civiles; era un movimiento tolerado por la superioridad, pero más no. Sin embargo, con la llegada de la primavera de 1919 se acabó la insubordinación de los oficiales medios contra sus mandos superiores —sólo hay que recordar las dificultades del general Marina en 1916, con la sediciosa guarnición de Barcelona— que era una tradición esencial del militarismo españolista desde los tiempos de Cuba y la capacidad incesante de presión de los «voluntarios» sobre la Capitanía en La Habana. Su final vino por el simple expediente que tomó el general Joaquín Milans del Bosch, entonces al mando de la región militar catalana. Milans fue *el primer general que se puso al frente de la insubordinación*, en vez de ejercer como intermediario entre la agitación o las puntuales presiones callejeras de los oficiales, que hasta entonces se habían aprovechado contra los políticos, pero temiendo que se salieran de madre. Al contrario de sus antecedentes, Milans asumió la insubordinación y la hizo tan suya que estuvo dispuesto a hacer caer, por implicación, al gobierno de Romanones en abril. Si el escalafón llegaba hasta la cumbre y ésta estaba dispuesta a la actuación cuartelera, el militarismo se hizo *vertical*, pasó genuinamente de facción a *partido*. Con un paso decisivo, el 13 de abril, don Joaquín, como capitán general de Cataluña, en una especie de golpe de Estado limitado o solapado, destituyó al gobernador civil y al jefe de seguridad de la provincia de Barcelona, ambos personajes conocidos, por el simple expediente de ponerlos físicamente en el expreso de Madrid, dándole con ello a Romanones el mensaje necesario para obligar su dimisión.

El gobierno sucesor de Maura, hombre emblemático de la limpieza electoral, organizó en junio los comicios más notoriamente sucios de la historia reciente, quemándose como gobernante y, a efectos prácticos, dejando el maurismo de pleno gastado como movimiento *reformador* de derechas, cuya promesa era la garantía del voto. Tan escandalosas resultaron las elecciones que el gabinete cayó en julio, en la presentación de credenciales para sentar la legislatura, siendo sucedido Maura por el conservador Sánchez de Toca, ya que los comicios, fieles a la lógica del «turno», habían producido mayoría de tal signo. De ahí que las tentativas de Maura de formar un nuevo gobierno en mayo de 1920 y en marzo de 1921 se vieran frustradas por el renovado veto, consumido el crédito de su promesa contestataria, cediendo el paso a Dato y, muerto éste por atentado anarcosindicalista, a prohombres del datismo.

Como si fuera escasa la actividad sindical, política y militar al calor de las tensiones sociales, se hizo visible una efervescencia organizativa en medios patronales —que daría muestras de sus ganas de protagonismo con el «*locout*» iniciado el 3 de noviembre del mismo 1919 y que se arrastró hasta el 26 de enero del año siguiente. Y, para acabar, la configuración social y las circunstancias del medio histórico «carlista» y la escisión mellista favorecieron la aparición de los llamados Sindicatos Libres en Cataluña, formalmente constituidos entre noviembre y diciembre de 1919, con elementos ex mellistas venidos —si hemos de creer al sindicalista Ángel Pestaña— de la LPE, entre otras partes. Pronto la tensión social distorsionó todos los parámetros de la política, de tal manera que, en 1921, Lerroux públicamente agradecía al monarca la protección policial ante amenazas de pistoleros sindicalistas³².

En resumen, el año de 1919 en la política española borró el mapa histórico de la derecha y situó el nacionalismo español ante la escisión, anulando el histórico «nacionalismo institucional» de los partidos constitucionales y resituando todo un abanico de opciones de «nacionalismo de identificación», todas enfrentadas entre sí³³. Las

³² SERRANO RODRÍGUEZ-VELEZ, P.: *Política española. España en 1921*, México DF, Talles Tip. «Don Quijote», 1922, p. 20.

³³ Dudo mucho del concepto de «*politics of identity*», hoy tan extendido, ya que no creo que exista, de un modo demostrable, la «identidad», si bien es perfectamente defendible, analíticamente, la presencia de la fe en su existencia; luego mejor hablar de *identificación*. Véase BAYART, J. F.: *L'Illusion identitaire*, París, Fayard, 1996.

consecuencias sobre los «nacionalismos de identificación» ya existentes como partidos —la Lliga y la izquierda catalana, más el CNV— fueron decisivas. Las nuevas circunstancias hicieron posible que discurrieran hasta entonces de una violencia puramente literaria se convirtieran en programas prácticos. Por ejemplo, en 1910, Santiago Meabe, con el pseudónimo programático de «Geyme» (acrónimo: Gora Euzkadí y Muera España), había predicado la lucha armada en tonos propios de un entonces imposible maridaje entre el republicanismo insurreccionalista o el carlismo más nostálgico de echarse al monte: «El dilema está claro. O ser vencidos, o vencer; o morir o matar; o edificar o destruir; o Euzkadí, o España; o el error, o la verdad; o la injusticia, o la luz de Dios; o el orden, o la disolución».

«Dos procedimientos se nos presentan a nuestro intento de redención y vida digna. Son a saber: O el anarquismo nacionalista, si cabe la acepción, o la hipocresía, la conspiración o la intriga disfrazada. O el terrorismo, el odio fiero e insaciable, la mano negra, la destrucción y la muerte, sin reparar en medios, incontenible, el ataque impetuoso y franco; o el engaño y la mentira, la adulación a esa colilla europea, el ¡viva España! sardónico, equivalente en el corazón al otro grito, la bandera gualda en la tribuna de nuestros mítines y en el balcón de nuestras sociedades, tan larga que hasta la puedan pisar y escupir los geimistas [o sea, sus ansiados seguidores] al pasar. Queda también un tercer medio, para mí el más factible: el ordenado desenvolvimiento de los dos, ya indicados a la vez; puestos los ejecutantes de común acuerdo y como por sorteo o conjuración»³⁴.

En cambio, diez años más tarde, las exaltaciones paranoicas de «Geyme» parecían proféticas. La «Comunión» se partió en el verano de 1921 entre blandos y duros, como lo haría el regionalismo catalán en junio de 1922, con la creación de Acció Catalana, y en julio siguiente con la formación por Macià de Estat Català como agrupación abiertamente paramilitar (aunque lo fuera de manera muy ineficaz). Es más apropiado, en consecuencia, hablar de *una «escisión nacionalista» generalizada, que no de unas experiencias aisladas, cada una por su lado*. Ante toda esta evolución de radicalización múltiple y de políticas de

³⁴ GEYME [MEABE, S.], «O anarquismo nacionalista, o ¡Viva España! Impresiones ante la persecución», *Irrintzi*, Buenos Aires, 1910, pp. 7-8, reproducido en ELORZA, A., y LÓPEZ ALONSO, C. (eds.): *Arcaísmo y modernidad. Pensamiento político en España, siglos XIX-XX*, Madrid, Historia 16, 1989, pp. 168-169.

identidad, la otrora flexible metáfora catalanista ya no funcionaba del mismo modo, por muchas razones. A la vista del contexto internacional, la genialidad de la propuesta «imperial» aparecía ahora gastada, de manera harto visible. Tampoco se podía situar el catalanismo de la Lliga en una ambigüedad ideológica entre derecha e izquierda, como había podido jugar en años pasados. Una elocuente indicación: las tesis «austro-marxistas», que ofrecían una justificación atractiva para tantos giros camboyanos, estaban visiblemente superadas por los hechos, al haberse fraccionado la monarquía dual, y, al contrario, las nuevas formulaciones en esta línea eran las tesis estalinianas, con todo el debate sobre Estado y nación trasladado de la más abstracta teoría del lejano triunfo del socialismo al poder auténtico en manos bolcheviques dentro de los confines del histórico Imperio ruso.

La generalización de la «política de identificación»

A la luz de los contextos catalán e internacional, para entender mejor el juego de opciones existentes en España después del final de la guerra europea en noviembre de 1918, hay que recordar el empeoramiento dramático del conflicto propio en Marruecos en el verano de 1921, con el «desastre de Annual». La crisis de descolonización finisecular que vivió la sociedad española —probablemente la primera de su género— inició un cambio cualitativo en la manera de entender la política: temas que hasta entonces parecían tabú pasaron a primer plano, sobre todo porque el hacer parlamentario de los partidos constitucionales quedó desnudado por la naciente «política de identificación». Atrás quedaba el predominio del «constitucionalismo»: un nacionalismo institucional que —como ya hemos argumentado— centraba la temática formal, ideológica, de las guerras civiles peninsulares decimonónicas. Cada vez más, la dinámica efectiva, la iniciativa, estaba con el nuevo nacionalismo españolista, que, venido de las guerras civiles cubanas, hacía frente, desde la tradición liberal de la primacía del contenido, a un desafío directo a la forma del Estado, que casi nadie en la Península cuestionaba a fondo. Sin embargo, la auto-determinación —o sea, el separatismo mambí, siendo el cubano el único independentismo exitoso en la experiencia contemporánea española— implicaba la asunción de las más radicales consecuencias del nacionalismo institucional.

Evidentemente el españolismo de los militares fue el epítome del nuevo estilo, pero también lo fueron el catalanismo vigoroso, el nacionalismo vasco y, en mucho menor grado, el galleguismo. Resultó estrecha la relación entre la renovación de la estructura de los partidos y las identificaciones: era una muestra de la cada vez más aguda división entre integristas —defensores de la identificación preeminente del catolicismo fundamentalista— y legitimistas carlistas (y, tras 1909, jaimistas), como también lo eran la adherencia a la alternativa religión cívica del republicanismo o la afirmación callosa y sudorosa de la comunidad de los justos y oprimidos, que finalmente triunfarían, que era el obrerismo, corporativismo exclusivista donde los haya, fuese expresado en la construcción del partido de masas socialista o en el sindicalismo revolucionario. *Todos se perdían por mostrarse auténticos, ante la falsedad patente de los planteamientos rivales. La búsqueda de la autenticidad, con la consecuente denuncia de la naturaleza espuria y traidora de toda competición, sería una característica esencial de la «política de masas» ideológica, cada vez más visible en las sociedades europeas antes de la Primera Guerra Mundial.* En España, esta «política de identificación» tardó casi veinte años en imponerse, pero dejó atrás, de manera irrecuperable, el juego liberal y conservador.

Bibliografía

- AGUILÓ LUCÍA, L.: *Sociología electoral valenciana (1903-1923)*, Valencia, Cátedra Fadrique Furio Ceriol, 1976.
- AGULHON, M.: «Le mythe de Garibaldi en France de 1882 à nos jours», en *Histoire vagabonde*, vol. 2, *Ideologies et politiques dans la France du XIX^e Siècle*, París, Gallimard, 1988, pp. 85-131.
- AMETLLA, C.: *Memories polítiques 1890-1917*, Barcelona, Pórtic, 1963.
- ANDRADE Y URIBE, B. M.: *Maura y el Partido Conservador*, Madrid, Lib. General de Victoriano Suárez, 1919.
- *Castilla ante el separatismo catalán*, Madrid, Ed. Reus, 1921.
- ANDRÉS, J. R. de: *El cisma mellista. Historia de una ambición política*, Madrid, Actas, 2000.
- ANGULO, E. de: *Diez horas de Estat Catalá: reportaje*, Barcelona, ed. autor, 1935 (significativamente reeditado en el 2005, por Ediciones Encuentro).
- ANTÓN DEL OLMET, L., y GARCÍA CARRAFFA, A.: *El General Marina*, Madrid, Imp. Cervantina, 1916.

- BENGOECHEA, S.: *Organització patronal i conflictivitat social a Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994.
- *El locaut de Barcelona (1919-1920)*, Barcelona, Curial, 1998.
- BENNET, R.: *The Black and Tans* [1959], Londres, New English Library, 1970
- BRITO GONZÁLEZ, O.: «Canarias: la contradicción de un nacionalismo frustrado», *Historia* 16, extra V (abril de 1978), pp. 151-158.
- CAMPS I OLIVÉ, A.: *La recepció de Gabriele D'Annunzio a Catalunya*, Barcelona, Curial-Abadia de Montserrat, 1996.
- *La recepció de Gabriele D'Annunzio a Catalunya. Traduccions i textos traduïts*, Barcelona, Curial-Abadia de Montserrat, 1999.
- CANGAS DE ICAZA, J.: *Gregorio de Balparda (forja y destino de un liberal)*, Bilbao, Laida, 1990.
- CARRASCO CALVO, S.: «Teoría y práctica del sindicalismo católico, libre y profesional (1911-1936)», en TUÑÓN DE LARA, M. (dir.), GARCÍA, J. L. (comp.): *La crisis de la Restauración. España, entre la Primera Guerra Mundial y la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 315-336.
- CARDONA, G.: *Los Milans del Bosch. Una familia de armas tomar entre la revolución liberal y el franquismo*, Barcelona, Edhasa, 2005.
- CASACUBERTA, M.: *Santiago Rusiñol: vida, literatura i mite*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 1997.
- CASTILLO, J. del, y ÁLVAREZ, S.: *Barcelona, objetivo cubierto*, Barcelona, Timón, 1958.
- CAVA MESA, M. J.: *Los diplomáticos de Franco: J. F. de Lequerica, temple y tenacidad (1890-1963)*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1989.
- COELLO DE PORTUGAL, J. L.: *Las Juntas de Defensa: cómo perdí mi carrera militar*, Madrid, Imp. de Juan Pueyo, 1922.
- CONNELLY ULLMAN, J.: *La Semana Trágica. Estudios sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*, Barcelona, Ariel, 1972.
- CONRAD, H.: «Between a Little International and Great Power Politics: Austro-Marxism and Stalinism on the National Question», en RUDOLPH, R. L., y GOOD, D. F. (eds.): *Nationalism and Empire. The Habsburg Monarchy and the Soviet Union*, Nueva York, St. Martins, 1992, pp. 269-291.
- COOGAN, T. P., y MORRISON, G.: *The Irish Civil War* [1998], Boulder (Col.), Roberts Rinehart, s. f.
- COSTA GISPERT, M. E., y GONZÁLEZ FERRER, E.: «Picarol» y sus Galerías Costa», en MARIMON RIUTORT, A., y SERRA BUSQUETS, S. (coords.): *Els anys vint a les illes [sic] Balears*, XVII Jornades d'Estudis Històrics Locals, Palma, Institut d'Estudis Balearics, 1999, pp. 173-178.
- DANGERFIELD, G.: *The Strange Death of Liberal England* [1935], Nueva York, Capricorn Books, 1961.
- DAWSON, R.: *Red Terror and Green* [1920], Londres, New English Library, 1972.

- Elementos para el estudio del problema de Cataluña. Soluciones autonomistas y federalistas*, Madrid, Artes Gráficas «Mateu», noviembre 1918.
- ELORZA, A.: *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona, Anagrama, 1984.
- ESTORNÉS ZUBIZARRETA, I.: *La Construcción de una nacionalidad vasca: el autonomismo de Eusko-Ikaskuntza: 1918-1931*, San Sebastián, Sociedad de Estudios Vascos, 1990.
- FARRELL, M.: *Northern Ireland: the Orange State*, Londres, Pluto Press, 1980.
- FELICE, R. de: *Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920*, Turín, Einaudi, 1965.
- *D'Annunzio politico 1918-1938*, Roma-Bari, Laterza, 1978.
- FERGUSON, J. (sir): *The Curragh Incident*, Londres, Faber & Faber, 1964.
- FERRER BENIMELI, J. A.: «Garibaldi y España», *Historia* 16, 78 (octubre de 1982), pp. 59-68.
- «Garibaldi e la tradizione democratica iberica», en *Garibaldi generale della libertà. Atti del convegno internazionale*, Roma, Ministero della Difesa, 1984, pp. 443-496.
- GARIBALDI, R.: *I fratelli garibaldi dalle Argonne all'Intervento*, Milán, Tip. Camba Livio, s. f.
- GENTILE, E.: *Le Origini dell'ideologia fascista: 1918-1925*, Roma-Bari, Laterza, 1975.
- *Storia del Partito Fascista 1919-1922. Movimento e milizia*, Roma-Bari, Laterza, 1989.
- *La via italiana al totalitarismo: il partito e lo Stato nel regime fascista*, Roma, Carocci, 2001.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, A.: «Las izquierdas y las elecciones de 1919 en Sevilla. El Bloque de la Democracia Andaluza», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 16 (1994), pp. 99-112.
- GRIFFITH, K., y O'GRADY, T.: *Ireland's Unfinished Revolution. An Oral History* [1982], Boulder (Col.), Roberts Rinehart, 1999.
- GUSTEMS TORRENT, A.: *Les eleccions provincials a Girona (1910-1923)*, Tesis de licenciatura, Universitat Autònoma de Barcelona, 1985.
- GREGOR, A. J.: *Young Mussolini and the Intellectual Origins of Fascism*, Berkeley (CA), University of California Press, 1979.
- HARDNESS, D.: *Northern Ireland since 1920*, Dublín, Helicon Ltd., 1983.
- HEZLET, A. (sir): *The B Specials. A History of the Ulster Special Constabulary*, Londres, Pan, 1973.
- HIJANO DEL RÍO, M.: «La Eusko Ikaskuntza y el Centro Andaluz (1916-1923): unas notas comparativas», en *Actas del V Congreso sobre el andalucismo histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1993, pp. 313-328.
- HOSTETTLER, J.: *Sir Edward Carson, A Dream Too Far*, Chichester (UK), Barry Rose, 2000.
- IBARRA, J.: *Ideología mambisa*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972.

- JOANIQUET, A.: *Alfonso Sala Argemí, conde de Egara*, Madrid, Espasa-Calpe, 1955.
- JULIÀ I DANÉS, E.: *Gaspar Torrente. Entre Catalunya i l'Aragó*, Barcelona, Xarxa Cultural, 1988.
- LACOMBA, J. A.: *Regionalismo y autonomía en la Andalucía contemporánea (1835-1936)*, Granada, Caja General de Ahorros y Monte de Piedad, 1988.
- «La crisis del estado centralista y las propuestas autonómicas (1918-1919). El caso andaluz», en *Actas del II Congreso sobre el andalucismo histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1985, pp. 283-314.
- LEEDEN, M.: *The First Duce: D'Annunzio at Fiume*, Baltimore (MD), Johns Hopkins University Press, 1977.
- MARABINI, C. (con pref. de D'ANNUNZIO, G.; MUSSOLINI, B., y GARIBALDI, P.): *La rossa avanguardia dell'Argona*, Roma, Anonima Tipo Ed. Lib., s. f.
- MASER, W.: *Die Fregeschichte der NSDAP. Hitlers Weg bis 1924*, Frankfurt am Main, Atheneum Verlag, 1965.
- McGEE DEUTSCH, S.: *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932. The Argentine Patriotic League*, Lincoln (NB), University of Nebraska Press, 1986.
- «The Right Under Radicalism, 1916-1930», en MCGEE DEUTSCH, S., y DOLKART, R. H. (eds.): *The Argentine Right. Its History and Intellectual Origins, 1910 to the Present*, Wilmington (DL), SR Books, 1993, pp. 35-63.
- MEDARD, J. F.: «France-Africa: Within the Family», en DELLA PORTA, D., y MENY, Y. (eds.): *Democracy and Corruption in Europe*, Londres, Pinter, 1997, pp. 22-34.
- MILLARES CANTERO, A.: *Franchy Roca y los federales en el «Bienio Azañista»*, Las Palmas, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1997.
- MIR, C.: *Lleida (1890-1936): Caciquisme polític i lluita electoral*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1985.
- MOLAS, I.: «Federació Democrática Nacionalista», *Recerques*, 2 (1972), pp. 137-153.
- MOLINS, J.: *Elecciones y partidos políticos en la provincia de Tarragona: 1890-1936*, 2 vols., Diputación de Tarragona, 1985.
- NESON, E.: *The Civil War 1922-1923* [1966], Dublín, Poolbeg, 1989.
- NÚÑEZ SEIXAS, X.-M.: «El mito del nacionalismo irlandés y su influencia en los nacionalismos gallego, vasco y catalán», *Spagna Contemporanea*, 2 (1992), pp. 25-57.
- «De la región a la nacionalidad: los neo-regionalismos en la España de la transición y consolidación democrática», en WAISMAN, C.; REIN, R., y GURRUTXAGA ABAD, A. (eds.): *Transiciones de la dictadura a la democracia: los casos de España y América Latina*, s. l., Editorial UPV, 2005, pp. 101-140.

- ORDUÑA, E.: *El regionalismo en Castilla y León*, Valladolid, Ámbito, 1986.
- PALOMARES IBÁÑEZ, J. M.: «El regionalismo castellanoleonés y las gestiones por conseguir el Estatuto de Autonomías», en *Nacionalismo y regionalismo en España*, Córdoba, Diputación Provincial de Córdoba, 1985, pp. 75-90.
- PAPOUSEK, J.: *The Czechoslovak National Struggle for Independence*, Praga, Orbis, 1928.
- PAYNE, S. G.: *El nacionalismo vasco*, Barcelona, Dopesa, 1974.
- PEIRÓ, A., y PINILLA, B.: *Nacionalismo y regionalismo en Aragón (1868-1942)*, s. l., Unali, 1981.
- PÉREZ JR., L. A.: *Cuba between Empires, 1878-1902*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1983.
- PERFETTI, F.: *Fiumanesimo, sindacalismo e fascismo*, Roma, Bonacci, 1988.
- PESTAÑA, A.; TUSELL, J., y QUEIPO DE LLANO, G. (eds.): *El terrorismo en Barcelona (Memorias inéditas)*, Barcelona, Planeta, 1979.
- PHILLIPS, W. A.: *The Revolution in Ireland, 1906-1923*, Londres, Longmans, Green, 1923.
- PUY, J.: *Alfons Sala i Argemí. Industrial i polític 1863-1945*, Terrassa, Arxiu Tobella, 1983.
- RAGUER, H.: *Divendres de passió. Vida i mort de Manuel Carrasco i Fomiguera*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1984.
- Mr. John Redmond y la Revolución irlandesa (*Importantes declaraciones del Jefe de los nacionalistas irlandeses*), Madrid, s. e., 1916.
- REY REGUILLO, F. del: *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992.
- REY REGUILLO, F. del, y BENGOCHEA, S.: «En vísperas de un golpe de Estado. Radicalización patronal e imagen del fascismo en España», en TUSELL, J.; GIL PECHARROMÁN, J., y MONTERO, F. (eds.): *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, UNED, 1993, pp. 301-326.
- RHODES, A.: *D'Annunzio, the Poet as Superman*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1959.
- ROVIRA Y VIRGILI, A.: *Historia de los movimientos nacionalistas*, versión castellana por F. Carbonell, Barcelona, Minerva, s. a. [¿1920?].
- RYAN, A. P.: *Mutiny at the Curragh*, Londres, Macmillan, 1956.
- SAIZ VALDIVIESO, A. C.: *Indalecio Prieto y el nacionalismo vasco*, Bilbao, Laida, s. a. [¿1989?].
- SALARIS, C.: *Alla festa della rivoluzione: artisti e libertari con D'Annunzio a Fiume*, Bologna, Il Mulino, 2002.
- SALIERNO, V.: *D'Annunzio e Mussolini. Storia di una cordiale inimicizia*, Milán, Mursia, 1988.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, J.: «El regionalismo extremeño», en FUSI, J. P. (dir.), *España Autonomías*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, pp. 423-463.

- SÁNCHEZ MARROYO, F.: «Regionalismo y cuestión agraria», *Norba*, II, 1981, pp. 281-291.
- «Extremadura 1918-1919: intentos de definición de una personalidad regional», *Estudios de Historia Social*, 28-29 (1984), pp. 395-405.
- SÁNCHEZ ROJAS, J.: *Castilla y Cataluña. Madrid-Barcelona 1918*, Valladolid, Imp. Viuda de Montero, 1919.
- SANJUÁN, A.: *Ortega y Gasset, F. Cambó [sic] y la «cuestión catalana» (1905-1931)*, Zaragoza, Yalde, 2005.
- SANTAMARÍA PASTOR, J. A.; ORDUÑA REBOLLO, E., y MARTÍN-ARTAJÓ, R.: *Documentos para la historia del regionalismo en España*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1977.
- SATERVÁS, R.: «Maetzú y Araquistáin: dos periodistas acuciados por la transformación de España», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 12 (1990), pp. 133-154.
- SEGARRA Y PLÁ, J. M. de: *Cartas europeas. Crónicas en El Sol, 1920-1928*, Barcelona, Destino, 2001.
- SERCH, A.: *L'exemple de Txecoslovaquia (Els Sòkols. La lluita per la independència)*, Barcelona, Barcino, 1932.
- SERRA BARTRA, M.: *Apologia de Garibaldi*, Barcelona, Hijos Domingo Casanovas, 1915.
- STERN, E.: *Masaryk*, trad. R. Fabregat, Barcelona, L'Arc de Bará, s. f.
- STEWART, A. T. Q.: *The Ulster Crisis. Resistance to Home Rule, 1912-1914*, Londres, Faber & Faber, 1969.
- SMOGORZEWISKI, C.: *Joseph Pilsudski et les activistes polonais pendant la Guerre*, París, Gebenther & Wolff, 1930.
- ST. KLINGLAND [sic], S.: *Pilsudski*, trad. R. Dalmau i Ferreres, prólogo D. CARDONA, Barcelona, Mediterrània, 1935.
- THOMPSON, W. I.: *The Imagination of an Insurrection*, Dublín, Easter, 1916.
- *A Study of an Ideological Movement*, Nueva York, Oxford University Press, 1967.
- TOOLEY, T. H.: *National identity and Weimar Germany. Upper Silesia and the Eastern Border 1918-1922*, Lincoln (Neb.), University of Nebraska Press, 1997.
- TORRENTE, G.; PINILLA, B., y PEIRÓ, B. (curs.): *Cien años de nacionalismo aragonés*, Zaragoza, Rolde de Estudios Nacionalista Aragonés [sic], 1988.
- UCELAY-DA CAL, E.: *El Nacionalisme radical català i la resistència a la Dictadura de Primo de Rivera, 1923-1931*, Tesis doctoral, vol. 1, cap. 7, Universidad Autónoma de Barcelona, 1983.
- «La Diputació durant la Dictadura: 1923-1930» y «La Diputació i la Mancomunitat: 1914-1923», en RÍQUER, B. de (dir.): *Historia de la Diputació de Barcelona*, vol. 2, Barcelona, Diputació de Barcelona, 1987, pp. 36-177 y 178-259, respectivament.

- «Models del Catalanisme: I - Reflexos en un espill daurat; II - Somnis irlandesos amb regust italià», *Quadern de Cultura. El País*, 2 de mayo de 1991, pp. 2-4.
 - «La iniciació permanent: nacionalismes radicals a Catalunya des de la Restauració», en *Actes del Congrés Internacional d'Història d' Catalunya i la Restauració, 1875-1923*, Manresa, Centre d'Estudis del Bages, 1992, pp. 127-134.
 - «Violencia simbólica y temática militarista en el nacionalismo radical catalán», en ARÓSTEGUI, J. (ed.): *Violencia y política en España, Ayer*, 13 (1994), pp. 237-264.
 - «Cuba y el despertar de los nacionalismos en la España peninsular», *Studia Historica-Historia Contemporánea*, 15 (1997), pp. 151-192.
 - «Self-Fulfilling Prophecies, Propaganda and Political Models between Cuba, Spain and the United States», *Illes i Imperis*, 2 (1999), pp. 191-219.
 - «Nationalisms in Spain. Some Interpretative Proposals», en BURDIEL, I., y CASEY, J. (eds.): *Identities: Nations, Provinces and Regions, 1550-1900*, Proceedings of the III Anglo-Spanish Historical Studies Seminar held at the University of East Anglia, 25-26 de octubre de 1996, Norwich (UK), School of History-University of East Anglia, 1999, pp. 1-52.
 - «Introducción histórica a una categoría imprecisa: unas reflexiones sobre el fascismo antes del fascismo en perspectiva hispana», en MELLON, J. A. (coord.): *Orden, jerarquía y comunidad. Fascismos, dictaduras y postfascismos en la Europa contemporánea*, Madrid, Tecnos, 2002, pp. 17-76.
 - «Los orígenes del fascismo en España [: el militarismo]», en RIQUER, B. de, y ESPINET, F. (eds.): *Josep Fontana. Història i projecte social. Reconeixement a una trajectoria*, 2 vols., Barcelona, Crítica, 2004, vol. 2, parte IV, 1868-1939, pp. 1380-1410; con errores evidentes (el título, las fechas citadas en la segunda página) que son fruto lamentable de la falta de galeradas).
- UCELAY-DA CAL, E., y TAVERA, S.: «Una revolución dentro de otra: la lógica insurreccional en la política española, 1924-1934», en ARÓSTEGUI, J. (ed.): *Violencia y política en España, Ayer*, 13 (1994), pp. 115-146.
- VIOTTI, A.: *Garibaldi: the Revolutionary and his Men*, Poole (UK), Blandford Press, 1979.
- WINSTON, C.: «Apuntes para la historia de los Sindicatos Libres de Barcelona 1919-1923», *Estudios de Historia Social*, 2-3 (1977), pp. 119-140.
- *La clase trabajadora y la derecha en España: 1900-1936*, Madrid, Cátedra, 1989.
- WOODHOUSE, J.: *Gabriele D'Annunzio: Defiant Archangel*, Oxford (UK), Clarendon Press, 1998.
- YOUNGER, C.: *Ireland Civil War*, Nueva York, Taplinger, 1968.
- ZANI, L.: *Italia Libera. Il primo movimento antifascista clandestino 1923-1925*, Roma-Bari, Laterza, 1975.